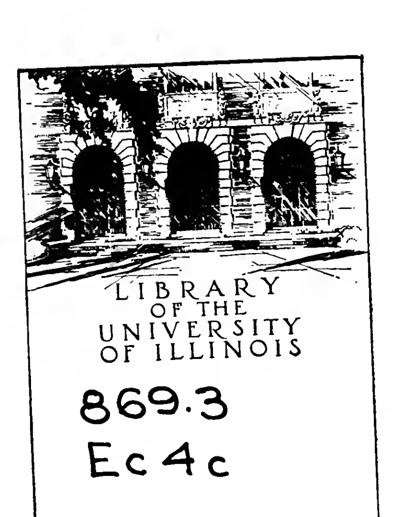

LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF ILLINOIS
869.3
Ec4c

"LA CULTURA ARGENTINA"

ESTEBAN ECHEVERRÍA

La Cautiva

La Guitarra = Elvira

Textos completos, precedidos por un estudio crítico de

PEDRO GOYENA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916

LA CAUTIVA

La Guitarra - Elvira

ESTEBAN ECHEVERRÍA

José Esteban Antonio Echeverría nació en Buenos Aires el 2 de Septiembre de 1805; estudió en el "Colegio de Ciencias Morales" hasta 1823. En 1825 fuese a Francia, con el fin de continuar sus estudios interrumpidos, y allí se interesó enciclopédicamente por las ciencias y las letras; sus aficiones poéticas inclinaron sus simpatías al romanticismo. En 1830 regresó a Buenos Aires, donde alcanzó prestigio como poeta al publicar sus volúmenes "Consuelos" (1834) y "Rimas" (1837), formando parte de este último su celebrado poema "La Cautiva".

Un grupo de jóvenes de la "nueva generación", deseando apartarse de las tradiciones políticas unitarias y federales, constituyó en 1837 la Asociación de Mayo, de que Echeverría fué presidente; con tal motivo redactó su famoso "Dogma Socialista" inspirado en las doctrinas sansimonianas continuadas en Francia por Pierre Leroux. El "Dogma" tiene su comentario histórico en la "Ojeada retrospectiva" que precede a la reedición de 1846, su comentario económico en la lectura efectuada en 1837 en el Salón Literario de Buenos Aires y conocida por "Plan Económico" y su comentario filosófico-social en la segunda parte del estudio sobre la Revolución de Febrero en Francia (1848), que se incluye en la edición de "La Cultura Argentina" con el título genérico de "Filosofía Social". Esos escritos, en prosa, y otros de menor significación, contienen sus doctrinas políticas y económicas, por las que suele considerársele como el precursor de los estudios sociológicos en la Argentina.

En 1840 emigró a Montevideo, entregándose al cultivo de la poesía. Publicó sucesivamente los poemas "Insurrección del Sud", "Avellaneda", "La Guitarra", "El Angel Caído", y otras composiciones menores. En Montevideo falleció el 19 de Enero de 1851.

Sus "Obras Completas" fueron reunidas y editadas (1870-1874), por D. Juan María Gutiérrez, respetando el estilo y manera originales, que se conservan en la presente reedición de tres de sus poemas característicos.

El simple anuncio de la amistosa labor de Gutiérrez sugirió a Pedro Goyena la hermosa página de crítica literaria que precede al presente volumen, merecedora de salir del olvido, medio siglo después de escrita.

"LA CULTURA ARGENTINA"

ESTEBAN ECHEVERRÍA

La Cautiva

La Guitarra = Elvira

Textos completos, precedidos por un estudio crítico de

PEDRO GOYENA



BUENOS AIRES
«La Cultura Argentina» — Avenida de Mayo 646
1916



ESTUDIO CRITICO

Señalamos siempre con viva complacencia las manifestaciones del espíritu literario en Buenos Aires. Felizmente se hacen cada vez menos raras las ocasiones de aplaudir y estimular las nobles tentativas de los que se afanan por reflejar lo bello en las páginas del libro, iniciando al público en los placeres delicados del arte, refinando sus sentimientos y contribuyendo a mejorarle como entidad moral. Tenemos hoy la satisfacción de anunciar a nuestros lectores la próxima edición de las obras en prosa y en verso de don Esteban Echeverría, cuyo recuerdo es simpático no sólo para sus compatriotas, sino para todos los que aman y respetan el talento unido a un carácter elevado. El doctor don Juan María Gutiérrez, amigo del autor de "La Cautiva" y del "Dogma socialista", se ha dedi-

cado con piadosa consagración a reunir los materiales de la edición referida y a dirigirla personalmente. Los honrosos antecedentes del Rector de nuestra Universidad, tan conocido como poeta y crítico literario, hacen concebir fundadas esperanzas de que poseeremos correctamente impresas y bien clasificadas las producciones de aquel distinguido argentino que murió en la amargura del destierro, cuando su patria yacía ensangrentada a los pies del más bárbaro tirano de los tiempos modernos. El mismo doctor Gutiérrez escribirá una noticia detallada sobre la persona, vida y obras de Echeverría, a quien trató íntimamente y sobre el cual ha publicado trabajos muy interesantes.

Echeverría es uno de nuestros literatos más afamados. Sus composiciones líricas, sus poemas, sus escritos en prosa, fueron leídos con avidez en los tiempos ya lejanos en que se inició lo que puede llamarse el movimiento revolucionario de nuestra literatura. Conviene que la joven generación se familiarice con aquel noble y vigoroso

espíritu que condensaba, por decirlo así, todas las nociones de la ciencia social en la época en que vivió y que supo abrir al arte anchos y nuevos caminos por los cuales hallaron nuestros poetas un mundo entero de bellezas desconocidas. Echeverría era un hombre reflexivo, estudioso, inspirado y amante de su patria. Podría presentársele como el tipo del ingenio sud-americano, sagaz, delicado, flexible, apto para comprender las verdades que obtiene como premio la paciente investigación y para sentir con viveza las emociones que los bellos espectáculos de la naturaleza despiertan en las almas noblemente apasionadas.

Los jóvenes que cultivan la literatura, hallarán sin duda en la lectura de las obras de Echeverría placeres delicados y puros, enseñanzas fecundas y severas. Cuando se trata de evitar que los hombres de letras se puerilicen en busca de una popularidad fácil y pervertidora, cuando se trata de hacerles adquirir esos hábitos meditativos indispensables para el progreso intelectual,

Esteban Echeverría, desdeñoso como Horacio de la incipiencia del vulgo, investigador concienzudo en las cuestiones de la ciencia y del arte, es todavía, después de la muerte, el bienvenido para los pueblos del Plata.

Sus escritos políticos no son, no pueden ser ya, por la marcha natural e incesante de las ideas, una revelación sorprendente para sus conciudadanos, como lo fueron tal vez cuando el malogrado argentino volvió al seno de su patria, después de beber a largos sorbos la ilustración europea; pero son y serán siempre un alto ejemplo para enseñarnos a disciplinar y dirigir las fuerzas intelectuales en orden a hallar la solución de los problemas que se refieren al bien de la sociedad.

Nada es tan eficaz para inspirar aversión hacia el hueco charlatanismo de los que hablan y escriben sin reflexionar, como la lectura de las obras de Echeverría. El conocía los serios deberes del literato y sabía practicarlos con escrupulosa austeridad. No escribía para halagar las preocupacio-

nes vulgares y alcanzar las victorias estruendosas, pero efímeras, obtenidas por los que dicen a gritos las necedades que el vulgo ama como a sus hijos; y sacrificaba siempre el efecto inmediato a las reglas del criterio artístico, inaccesible para la gran mayoría de personas que no tienen un gusto refinado. Escribió "La Cautiva" en humildes octosílabos como para hacer contraste con los ampulosos alejandrinos a cuya sonoridad deben algunos versificadores su fama poco envidiable, probando que la poesía reside en las ideas y en el sentimiento, que las modestas formas de un metro sencillo pueden albergar dignamente la sublime inspiración del poeta. Supo reconcentrarse en los senos de la conciencia y sondear pacientemente las profundidas del mundo interior, así como había estudiado las maravillas de la naturaleza. Esperó los favores de la musa en las horas silenciosas de austeras vigilias, y la invisible confidente bajó a su alma con una frecuencia y una amabilidad de que pocos puedan jactarse a pesar de haberla invocado muchas veces.

Rompió la tradición clásica a que habían estado sujetas las generaciones poéticas de la República Argentina, quitó a nuestra literatura el carácter de "cosmopolitismo incoloro" que había tenido hasta entonces, inspirándose en las peculiaridades de nuestra naturaleza y de nuestra sociedad, e introdujo en la poesía las audaces franquezas de la expresión, que muestran con sus verdaderos matices y en todo su vigor los fenómenos del alma humana. Sus cuerdas favoritas eran las que se armonizan con la solemne majestad de la meditación y con los tiernos suspiros de la elegía. No tenía, juzgando por los versos que conocemos, los acentos imprecatorios del señor Mármol, ni ostenta siempre la gracia elegante de Juan María Gutiérrez, espíritu suave y exquisito que parece haber sido en tiempos dichosos el preferido de alguna musa insinuante y seductora. Pero ninguno de nuestros poetas hasta la aparición de Ricardo Gutiérrez ha tenido el alma más impregnada de la melancolía que el "dulce ruiseñor

de los Consuelos" (1), ni ha expresado más fielmente las angustias de un noble espíritu en una época aciaga y en una tierra cubierta de sombras y humedecida por la sangre de luchas fratricidas. En su alma se alberga ese indefinible sentimiento en que se condensan, perdiendo mucho de su amargura, los "males de la vida", sin llegar a confundirse jamás con la horrible desesperación o la sarcástica indiferencia de los que han dado a la esperanza un eterno adiós. Su espíritu se oscurecía con las nubes de la tristeza como el mundo con las sombras del crepúsculo, pero brillaba también con los fulgores de halagüeñas visiones. Echeverría ha contemplado el ideal, ha sentido los dolores y los placeres de esa contemplación, y ha reflejado en bellas estrofas las variadas escenas de su drama interior.

¡Pobre poeta! ¿Quién le hubiera dado ver a su patria libre del monstruo que la ensangrentaba, cuando él la miraba con tristes ojos desde la opuesta ribera del Plata?

(1) Palabras del señor Mármol.

¿Quién le hubiera dado asistir en vida al desenvolvimiento de la civilización en este suelo que amó con fervoroso patriotismo y cuyas bellezas cantó el primero con acentos inspirados? El se hundió en las regiones de la muerte, elevando el alma herida aunque no desesperada. Entonces todo era sangre y tinieblas. Ahora no es todo luz y alegría; pero las fuerzas morales contienen por fin el desborde asolador de la barbarie. ¡La sombra de Echeverría se levanta! ¡es la sombra de un pensador, es la sombra de un poeta! Un noble amigo la guía y la introduce solemnemente en la región de los vivos. Nosotros, los jóvenes, que alcanzamos días mejores que esos austeros peregrinos y seguimos su gloriosa tradición, inclinémonos con respeto y con amor ante la imagen de aquel ilustre muerto cuya inspiración hará siempre honor a nuestras letras y a nuestro país.

PEDRO GOYENA.

Agosto de 1870.

La cautiva

—Female hearts are such a genial soil
Fort kinder feelings, whatsoe'er their nation,
They naturally pour the "wine and oil"
Samaritans in every situation.

BYRON.

En todo clima el corazón de la mujer es tierra fértil en afectos generosos;—ellas en cualquier circunstancia de la vida saben, como la Samaritana, prodigar el óleo y el vino.

PRIMERA PARTE

EL DESIERTO

Ils vont. L'espace est grand.
HUGO.

Era la tarde, y la hora
En que el sol la cresta dora
De los Andes.—El Desierto
Inconmensurable, abierto,
Y misterioso a sus pies
Se extiende;—triste el semblante,
Solitario y taciturno
Como el mar, cuando un instante
Al crepúsculo nocturno,
Pone rienda a su altivez.

Jira en vano, reconcentra
Su inmensidad, y no encuentra

La vista, en su vivo anhelo,
Do fijar su fugaz vuelo,
Como el pájaro en el mar.
Doquier campos y heredades
Del ave y bruto guaridas,
Doquier cielo y soledades
De Dios sólo conocidas,
Que él sólo puede sondar.

A veces la tribu errante
Sobre el potro rozagante,
Cuyas crines altaneras
Flotan al viento ligeras,
Lo cruza cual torbellino,
Y pasa; o su toldería (1)
Sobre la grama frondosa
Asienta, esperando el día
Duerme, tranquila reposa,
Sigue veloz su camino.

¡Cuántas, cuántas maravillas,
Sublimes y a par sencillas,
Sembró la fecunda mano
De Dios allí!—¡Cuánto arcano

(1) Toldería: el conjunto de chozas o el aduar del salvaje.

Que no es dado al mundo ver!
La humilde yerba, el insecto,
La aura aromática y pura;
El silencio, el triste aspecto
De la grandiosa llanura,
El pálido anochecer.

Las armonías del viento,
Dicen más al pensamiento,
Que todo cuanto a porfía
La vana filosofía
Pretende altiva enseñar.
¡Qué pincel podrá pintarlas
Sin deslucir su belleza!
¡Qué lengua humana alabarlas!
Sólo el genio su grandeza
Puede sentir y admirar.

Ya el sol su nítida frente
Reclinaba en occidente,
Derramando por la esfera
De su rubia cabellera
El desmayado fulgor.
Sereno y diáfano el cielo,
Sobre la gala verdosa
De la llanura, azul velo

Esparcía, misteriosa
Sombra dando a su color.

El aura moviendo apenas,
Sus olas de aroma llenas,
Entre la yerba bullía
Del campo que parecía
Como un piélago ondear.
Y la tierra contemplando
Del astro rey la partida
Callaba, manifestando,
Como en una despedida,
En su semblante pesar.

Sólo a ratos, altanero
Relinchaba un bruto fiero
Aquí o allá, en la campaña;
Bramaba un toro de saña,
Rugía un tigre feroz:
O las nubes contemplando,
Como estático y gozoso,
El yajá (1) de cuando en cuando

(1) El P. Guevara hablando de esta ave, en su historia del Paraguay, dice:

El "yahá" justamente le podemos llamar el volador y centinela. Es grande de cuerpo y de pico pequeño. El color es ceniciento con un collarín de plumas blancas que le rodean. Las alas están armadas de un espolón

Turbaba el mudo reposo
Con su fatídica voz.

Se puso el sol; parecía
Que el vasto horizonte ardía:
La silenciosa llanura
Fué quedando más obscura,
Más pardo el cielo, y en él,
Con luz trémula brillaba
Una que otra estrella, y luego
A los ojos se ocultaba,
Como vacilante fuego
En soberbio chapitel.

El crepúsculo entretanto,
Con su claroscuro manto,
Veló la tierra; una faja
Negra como una mortaja,
El occidente cubrió:

---

colorado duro y fuerte con que pelea... En su canto repiten estas voces, "yahá", "yahá", que significa en guaraní "vamos", "vamos", de donde se les impuso el nombre. El misterio y significación es que estos pájaros velan de noche, y en sintiendo ruido de gente que viene, empiezan a repetir "yahá", "yahá", como si dijeran: "vamos, vamos, que hay enemigos, y no estamos seguros de sus asechanzas." Los que saben esta propiedad de el "yahá" luego que oyen su canto se ponen en vela, temiendo vengan enemigos para acometerlos...

En la provincia se llama "chajá" o "yajá" indistintamente.

Mientras la noche bajando
Lenta venía, la calma
Que contempla suspirando,
Inquieta a veces el alma,
Con el silencio reinó.

Entonces, como el rüido,
Que suele hacer el tronido
Cuando retumba lejano,
Se oyó en el tranquilo llano
Sordo y confuso clamor;
Se perdió... y luego violento,
Como baladro espantoso
De turba inmensa, en el viento
Se dilató sonoroso,
Dando a los brutos pavor.

Bajo la planta sonante
Del ágil potro arrogante
El duro suelo temblaba,
Y envuelto en polvo cruzaba
Como animado tropel,
Velozmente cabalgando;
Víanse lanzas agudas,
Cabezas, crines ondeando,
Y como formas desnudas
De aspecto extraño y cruel.

¿Quién es? ¿Qué insensata turba
Con su alarido perturba,
Las calladas soledades
De Dios, do las tempestades
Sólo se oyen resonar?
¿Qué humana planta orgullosa
Se atreve a hollar el desierto
Cuando todo en él reposa?
¿Quién viene seguro puerto
En sus yermos a buscar?

¡Oíd!—Ya se acerca el bando
De salvajes atronando
Todo el campo convecino;
¡Mirad!—Como torbellino
Hiende el espacio veloz.
El fiero ímpetu no enfrena
Del bruto que arroja espuma;
Vaga al viento su melena,
Y con ligereza suma
Pasa en ademán atroz

¿Dónde va? de dónde viene?
¿De qué su gozo proviene?
¿Por qué grita, corre, vuela
Clavando al bruto la espuela,

Sin mirar al rededor?
¡Ved, que las puntas ufanas
De sus lanzas, por despojos,
Llevan cabezas humanas,
Cuyos inflamados ojos
Respiran aún furor!

Así el bárbaro hace ultraje
Al indomable coraje
Que abatió su alevosía;
Y su rencor todavía
Mira con torpe placer,
Las cabezas que cortaron
Sus inhumanos cuchillos,
Exclamando:—"ya pagaron
Del cristiano los caudillos
El feudo a nuestro poder.

Y los ranchos (1) do vivieron
Presa de las llamas fueron,
Y muerde el polvo abatida
Su pujanza tan erguida.
¿Dónde sus bravos están?
Vengan hoy del vituperio,

(1) Ranchos, cabañas pajizas de nuestros campos.

Sus mujeres, sus infantes,
Que gimen en cautiverio,
A libertar, y como antes
Nuestran lanzas probarán."

Tal decía; y bajo el callo
Del indómito caballo,
Crujiendo el suelo temblaba;
Hueco y sordo retumbaba
Su grito en la soledad.
Mientras la noche, cubierto
El rostro en manto nubloso,
Echó en el vasto desierto,
Su silencio pavoroso,
Su sombría majestad.

SEGUNDA PARTE

EL FESTIN

> .....orribili favelle,
> Parole di dolore, accenti d'ira,
> Voci alte e fioche, e suon di man con elle
> Facevan un tumulto.....
>
> DANTE.

Noche es el vasto horizonte,
Noche el aire, cielo y tierra.
Parece haber apiñado
El genio de las tinieblas,
Para algún misterio inmundo,
Sobre la llanura inmensa,
La lobreguez del abismo
Donde inalterable reina.
Sólo inquietos divagando,
Por entre las sombras negras,
Los espíritus foletos

Con viva luz reverberan,
Se disipan, reaparecen,
Vienen; van, brillan, se alejan,
Mientras el insecto chilla,
Y en fachinales (1) o cuevas
Los nocturnos animales
Con triste aullido se quejan.
La tribu aleve entretanto,
Allá en la pampa desierta,
Donde el cristiano atrevido
Jamás estampa la huella,
Ha reprimido del bruto
La estrepitosa carrera;
Y campo tiene fecundo
Al pie de una loma extensa,
Lugar hermoso do a veces
Sus tolderías asienta.
Feliz la maloca (2) ha sido;
Rica y de estima la presa
Que arrebató a los cristianos:—
Caballos, potros y yeguas,
Bienes que en su vida errante

(1) Llámanse así en la provincia, ciertos sitios húmedos y bajos en donde crece confusa y abundantemente la maleza.

(2) Maloca: lo mismo que incursión o correría.

Ella más que el oro precia;
Muchedumbre de cautivas,
Todas jóvenes y bellas.
Sus caballos, en manadas,
Pacen la fragante yerba;
Y al lazo, algunos prendidos,
A la pica, o la manea,
De sus indolentes amos
El grito de alarma esperan.
Y no lejos de la turba,
Que charla ufana y hambrienta,
Atado entre cuatro lanzas
Como víctima en reserva,
Noble espíritu valiente
Mira vacilar su estrella;
Al paso que su infortunio,
Sin esperanza, lamentan
Rememorando su hogar,
Los infantes y las hembras.
Arden ya en medio del campo
Cuatro extendidas hogueras,
Cuyas vivas llamaradas
Irradiando, colorean
El tenebroso recinto
Donde la chusma hormiguea.

En torno al fuego sentados
Unos lo atizan y ceban;
Otros la jugosa carne
Al rescoldo o llama tuestan,
Aquel come, este destriza,
Más allá alguno degüella
Con afilado cuchillo
La yegua al lazo sujeta,
Y a la boca de la herida,
Por donde ronca y resuella,
Y a borbollones arroja
La caliente sangre fuera,
En pie, trémula y convulsa,
Dos o tres indios se pegan,
Como sedientos vampiros,
Sorben, chupan, saborean
La sangre, haciendo mormullo,
Y de sangre se rellenan.
Baja el pescuezo, vacila,
Y se desploma la yegua
Con aplauso de las indias
Que a descuartizarla empiezan.
Arden en medio del campo,
Con viva luz las hogueras;
Sopla el viento de la pampa,

Y el humo y las chispas vuelan.
A la charla interrumpida,
Cuando el hambre está repleta,
Sigue el cordial regocijo,
El beberaje y la gresca,
Que apetecen los varones,
Y las mujeres detestan.
El licor espirituoso
En grandes bacías echan,
Y, tendidos de barriga
En derredor, la cabeza
Meten sedientos, y apuran
El apetecido néctar,
Que bien pronto los convierte
En abominables fieras.
Cuando algún indio, medio ebrio
Tenaz metiendo la lengua,
Sigue en la preciosa fuente,
Y beber también no deja
A los que aguijan furiosos,
Otro viene, de las piernas
Lo agarra, tira y arrastra
Y en lugar suyo se espeta.
Así bebe, ríe, canta,
Y al regocijo sin rienda

Se dá la tribu: aquel ebrio
Se levanta, bambolea,
A plomo cae, y gruñendo
Como animal se revuelca.
Este chilla, algunos lloran,
Y otros a beber empiezan.
De la chusma toda al cabo
La embriaguez se enseñorea
Y hace andar en remolino
Sus delirantes cabezas.
Entonce empieza el bullicio,
Y la algazara tremenda,
El infernal alarido
Y las voces lastimeras.
Mientras sin alivio lloran
Las cautivas miserables,
Y los ternezuelos niños
Al ver llorar a sus madres.
Las hogueras entretanto
En la obscuridad flamean.
Y a los pintados semblantes
Y a las largas cabelleras
De aquellos indios beodos
Da su vislumbre siniestra
Colorido tan extraño,

Traza tan horrible y fea,
Que parecen del abismo
Précita, inmunda ralea,
Entregada al torpe gozo
De la sabática fiesta (1).
Todos en silencio escuchan;—
Una voz entona recia
Las heroicas alabanzas,
Y los cantos de la guerra:—

Guerra, guerra y exterminio
Al tiránico dominio
Del huinca (2); engañosa paz:
Devore el fuego sus ranchos,
Que en su vientre los caranchos
Ceben el pico voraz.
Oyó gritos el caudillo
Y en su fogoso tordillo
Salió Brian;
Pocos eran y él delante

(1) Junta nocturna de los espíritus malignos, según tradición comunicada a los pueblos cristianos por los judíos.

(2) Huinca: voz con que designan los indios al cristiano u hombre que no es de su raza.

Venía, al bruto arrogante
Dió una lanzada Quillán.
Lo cargó al punto la indiada:
Con la fulminante espada
Se alzó Brian;
Grandes sus ojos brillaron,
Y las cabezas rodaron
De Quitur y Callupán.
Echando espuma y herido
Como toro enfurecido
Se encaró;
Ceño torvo revolviendo,
Y el acero sacudiendo:
Nadie acometerle osó.
Valichu (1) estaba en su brazo;
Pero al golpe de un bolazo (2)
Cayó Brian
Como potro en la llanura:
Cebo en su cuerpo y hartura
Encontrará el gavilán

---

(1) Valichu: nombre que dan al espíritu maligno los indígenas de la pampa. Hemos leído en el Falkner Valichu: comúnmente se dice Gualichu.

(2) Bolas: arma arrojadiza, que se compone de tres correas trenzadas, ligadas por un extremo, y sujetando en el otro otras tantas esferas sólidas de metal o piedra.

Las armas cobarde entrega
El que vivir quiere esclavo;
Pero el indio guapo no:
Chañil murió como bravo,
Batallando en la refriega,
De una lanzada murió.
Salió Brián airado
Blandiendo la lanza,
Con fiera pujanza
Chañil lo embistió;
Del pecho clavado
En el hierro agudo,
Con brazo forzudo,
Brian lo levantó.
Funeral sangriento
Ya tuvo en el llano;
Ni un solo cristiano
Con vida escapó.
¡Fatal vencimiento!
Lloremos la muerte
Del indio más fuerte
Que la pampa crió.

Quienes su pérdida lloran,
Quienes sus hazañas mentan.
Oyense voces confusas,
Medio articuladas quejas,
Baladros, cuyo son ronco
En la llanura resuena.
De repente todos callan,
Y un solo murmullo reina,
Semejante al de la brisa
Cuando rebulle en la selva;
Pero, gritando, algún indio
En la boca se palmea,
Y el disonante alarido
Otra vez el campo atruena.
El indeleble recuerdo
De las pasadas ofensas
Se aviva en su ánimo entonces,
Y atizando su fiereza
Al rencor adormecido,
Y a la venganza subleva:
En su mano los cuchillos,
A la luz de las hogueras,
Llevando muerte relucen;
Se ultrajan, riñen, vocean,
Como animales feroces

Se despedazan y bregan.
Y asombradas las cautivas
La carnicería horrenda
Miran, y a Dios en silencio
Humildes preces elevan.
Sus mujeres entretanto,
Cuya vigilancia tierna
En las horas del peligro
Siempre cautelosa vela,
Acorren luego a calmar
El frenesí que los ciega,
Ya con ruegos y palabras
De amor y eficacia llenas;
Ya interponiendo su cuerpo
Entre las armas sangrientas.
Ellos resisten y luchan,
Las desoyen y atropellan,
Lanzando injuriosos gritos;
Y los cuchillos no sueltan
Sino cuando, ya rendida
Su natural fortaleza
A la embriaguez y al cansancio,
Dobla el cuello y cae por tierra.
Al tumulto y la matanza
Sigue el llorar de las hembras

Por sus maridos y deudos,
Las lastimosas endechas,
A la abundancia pasada,
A la presente miseria,
A las víctimas queridas
De aquella noche funesta.
Pronto un profundo silencio
Hace a los lamentos tregua,
Interrumpido por ayes
De moribundos, o quejas,
Risas, gruñir sofocado
De la embriagada torpeza;—
Al espantoso ronquido
De los que durmiendo sueñan
Los gemidos infantiles
Del ñacurutú (1) se mezclan;
Chillidos, aúllos tristes
Del lobo que anda a la presa
De cadáveres, de troncos,
Miembros, sangre y osamentas,
Entremezclados con vivos,
Cubierto aquel campo queda,
Donde poco antes la tribu

(1) Ñacurutú: especie de lechuza grande, cuyo grito se asemeja al sollozar de un niño.

Llegó alegre y tan soberbia.
La noche en tanto camina
Triste, encapotada y negra;
Y la desmayada luz
De las festivas hogueras
Sólo alumbra los estragos
De aquella bárbara fiesta.



TERCERA PARTE

EL PUÑAL

> Yo iba a morir es verdad,
> Entre bárbaros crueles,
> Y allí el pesar me mataba
> De morir, mi bien, sin verte.
> A darme la vida tú
> Saliste, hermosa, y valiente.
>
> CALDERON.

Yace en el campo tendida,
Cual si estuviera sin vida,
Ebria la salvaje turba,
Y ningún ruido perturba
Su sueño o sopor mortal.
Varones y hembras mezclados
Todos duermen sosegados:
Sólo, en vano tal vez, velan
Los que libertarse anhelan
Del cautiverio fatal.

Paran la oreja bufando
Los caballos, que vagando
Libres despuntan la grama,
Y a la moribunda llama
De las hogueras se ve,
Se ve sola y taciturna,
Símil a sombra nocturna,
Moverse una forma humana,
Como quien lucha y se afana,
Y oprime algo bajo el pie;

Se oye luego triste aúllo,
Y horrisonante murmullo,
Semejante al del novillo
Cuando el filoso cuchillo
Lo degüella sin piedad:
Y por la herida resuella,
Y aliento y vivir por ella,
Sangre hirviendo a borbollones,
En horribles convulsiones,
Lanza con velocidad.

Silencio;—ya el paso leve
Por entre la yerba mueve,
Como quien busca y no atina,
Y temeroso camina

De ser visto o tropezar,
Una mujer:—en la diestra
Un puñal sangriento muestra,
Sus largos cabellos flotan
Desgreñados, y denotan
De su ánimo el batallar.

Ella va.—Toda es oídos;
Sobre salvajes dormidos
Va pasando,—escucha,—mira,—
Se para,—apenas respira,
Y vuelve de nuevo a andar.
Ella marcha, y sus miradas
Vagan en torno azoradas,
Cual si creyesen ilusas
En las tinieblas confusas,
Mil espectros divisar.

Ella va, y aun de su sombra
Como el criminal se asombra—
Alza,—inclina la cabeza;
Pero en un cráneo tropieza
Y queda al punto mortal.—
Un cuerpo gruñe y resuella,
Y se revuelve;—mas ella
Cobra espíritu y coraje,

Y en el pecho del salvaje
Clava el agudo puñal.

El indio dormido espira:
Y ella veloz se retira
De allí, y anda con más tino
Arrostrando del destino
La rigorosa crueldad.
Un instinto poderoso,
Un afecto generoso
La impele y guía segura,
Como luz de estrella pura,
Por aquella oscuridad.

Su corazón de alegría
Palpita,—lo que quería,
Lo que buscaba con ansia
Su amorosa vigilancia
Encontró gozosa al fin.
Allí, allí está su universo,
De su alma el espejo terso,
Su amor, esperanza y vida;
Allí contempla embebida
Su terrestre serafín.

—"Brian, dice, mi Brian querido,
Busca durmiendo el olvido;
Quizá ni soñando espera
Que yo entre esta gente fiera
Le venga a favorecer.
Lleno de heridas, cautivo,
No abate su ánimo altivo
La desgracia, y satisfecho
Descansa, como en su lecho,
Sin esperar, ni temer.

Sus verdugos, sin embargo,
Para hacerle más amargo
De la muerte el pensamiento,
Deleitarse en su tormento,
Y más su rencor cebar
Prolongando su agonía,
La vida suya, que es mía,
Guardaron, cuando triunfantes
Hasta los tiernos infantes,
Osaron despedazar,

Arrancándolos del seno
De sus madres—¡día lleno
De execración y amargura,
En que murió mi ventura,

Tu memoria me da horror!"—
Así dijo, y ya no siente,
Ni llora, porque la fuente
Del sentimiento fecunda,
Que el femenil pecho inunda,
Consumió el voraz dolor.

Y el amor y la venganza
En su corazón alianza
Han hecho, y sólo una idea
Tiene fija y saborea
Su ardiente imaginación,
Absorta el alma, en delirio
Lleno de gozo y martirio
Queda, hasta que al fin estalla
Como volcán, y se explaya
La lava del corazón.

Allí está su amante herido,
Mirando al cielo y ceñido
El cuerpo con duros lazos,
Abiertos en cruz los brazos,
Ligadas manos y pies.
Cautivo está, pero duerme;
Inmoble, sin fuerza, inerme
Yace su brazo invencible:

De la pampa el león terrible
Presa de los buitres es.

Allí, de la tribu impía
Esperando con el día
Horrible muerte, está el hombre
Cuya fama, cuyo nombre
Era al bárbaro traidor,
Más temible que el zumbido
Del hierro o plomo encendido;
Más aciago y espantoso
Que el valichu rencoroso
A quien acata su error.

Allí está;—silenciosa ella,
Como tímida doncella,
Besa su entreabierta boca,
Cual si dudara le toca
Por ver si respira aún.
Entonces las ataduras
Que sus carnes roen duras
Corta, corta velozmente
Con su puñal obediente,
Teñido en sangre común.

Brian despierta;—su alma fuerte,
Conforme ya con su suerte,
No se conturba, ni azora;
Poco a poco se incorpora,
Mira sereno, y cree ver
Un asesino:—echan fuego
Sus ojos de ira; más luego
Se siente libre y se calma,
Y dice "¿eres alguna alma
Que pueda y deba querer?

¿Eres espíritu errante,
Angel bueno, o vacilante
Parto de mi fantasía?"
—"Mi vulgar nombre es María,
Angel de tu guarda soy;
Y mientras cobra pujanza,
Ebria la feroz venganza
De los bárbaros, segura,
En aquesta noche oscura
Velando a tu lado estoy;—

Nada tema tu congoja."—
Y enajenada se arroja
De su querido en los brazos,
Le da mil besos y abrazos,

Repitiendo—"Brian, mi Brian"—
La alma heroica del guerrero
Siente el gozo lisonjero
Por sus miembros doloridos
Correr, y que sus sentidos
Libres de ilusión están.

Y en labios de su querida
Apura aliento de vida,
Y la estrecha cariñoso
Y en éxtasis amoroso
Ambos respiran así;
Mas, súbito él la separa,
Como si en su alma brotara
Horrible idea, y la dice:—
"María, soy infelice,
Ya no eres digna de mí.

Del salvaje la torpeza
Habrá ajado la pureza
De tu honor, y mancillado
Tu cuerpo santificado
Por mi cariño y tu amor;
Ya no me es dado quererte."
Ella le responde:—"advierte
Que en este acero está escrito

Mi pureza y mi delito,
Mi ternura y mi valor.

Mira este puñal sangriento
Y saltará de contento
Tu corazón orgulloso;
Diómele amor poderoso,
Diómelo para matar
Al salvaje que insolente
Ultrajar mi honor intente;
Para, a un tiempo, de mi padre,
De mi hijo tierno y mi madre
La injusta muerte vengar.

Y tu vida, más preciosa
Que la luz del sol hermosa,
Sacar de las fieras manos
De estos tigres inhumanos,
O contigo perecer.
Loncoy, el cacique altivo
Cuya saña al atractivo
Se rindió de estos mis ojos,
Y quiso entre sus despojos
De Brian la querida ver,

Después de haber mutilado
A su hijo tierno; anegado
En su sangre yace impura;
Sueño infernal su alma apura:
Dióle muerte este puñal.
Levanta, mi Brian, levanta,
Sigue, sigue mi ágil planta;
Huyamos de esta guarida
Donde la turba se anida
Más inhumana y fatal."

—"¿Pero adónde, adónde iremos?
Por fortuna encontraremos
En la pampa algún asilo,
Donde nuestro amor tranquilo
Logre burlar su furor?
Podremos, sin ser sentidos,
Escapar, y desvalidos,
Caminar a pie, y jadeando,
Con el hambre y sed luchando,
El cansancio y el dolor?"

—"Sí, el anchuroso desierto
Más de un abrigo encubierto
Ofrece, y la densa niebla
Que el cielo y la tierra puebla,

Nuestra fuga ocultará.
Brian, cuando aparezca el día
Palpitantes de alegría,
Lejos de aquí ya estaremos,
Y el alimento hallaremos
Que el cielo al infeliz da."

—"Tú podrás, querida amiga,
Hacer rostro a la fatiga,
Más yo, llagado y herido,
Débil, exangüe, abatido,
¿Cómo podré resistir?
Huye tú, mujer sublime,
Y del oprobio redime
Tu vivir predestinado;
Deja a Brian infortunado,
Solo, en tormentos morir".

—"Nö, no, tú vendrás conmigo,
O pereceré contigo.
De la amada patria nuestra
Escudo fuerte es tu diestra,
¿Y qué vale una mujer?
Huyamos, tú de la muerte,
Yo de la oprobiosa suerte
De los esclavos; propicio

El cielo este beneficio
Nos ha querido ofrecer;

No insensatos lo perdamos.
Huyamos, mi Brian, huyamos;
Que en el áspero camino
Mi brazo, y poder divino
Te servirán de sosten".
—"Tu valor me infunde fuerza,
Y de la fortuna adversa,
Amor, gloria o agonía
Participar con María
Yo quiero, huyamos, ven, ven."

Dice Brian y se levanta,
El dolor traba su planta
Mas devora el sufrimiento;
Y ambos caminan a tiento
Por aquella oscuridad.
Tristes van,—de cuando en cuando
La vista al cielo llevando,
Que da esperánza al que gime,
¿Qué busca su alma sublime?
La muerte o la libertad.

"Y en esta noche sombría
¿Quién nos servirá de guía?"
—"Brian ¿no ves allá una estrella
Que entre dos nubes centella
Cual benigno astro de amor?
Pues esa, es por Dios enviada
Como la nube encarnada
Que vió Israel prodigiosa;
Sigamos la senda hermosa
Que nos muestra su fulgor;

Ella del triste desierto
Nos llevará a feliz puerto."—
Ellos van;—solas, perdidas
Como dos almas queridas,
Que amor en la tierra unió,
Y en la misma forma de antes,
Andan por la noche errantes,
Con la memoria hechicera
Del bien que en su primavera
La desdicha les robó.

Ellos van.—Vasto, profundo
Como el páramo del mundo
Misterioso es el que pisan;
Mil fantasmas se divisan;

Mil formas vanas allí,
Que la sangre joven hielan:
Mas ellos vivir anhelan.
Brian desmaya caminando,
Y al cielo otra vez mirando,
Dice a su querida así:

"Mira,—¿no ves?—la luz bella
De nuestra polar estrella
De nuevo se ha oscurecido,
Y el cielo más denegrido
Nos anuncia algo fatal."
—"Cuando contrario el destino
Nos cierre, Brian, el camino,
Antes de volver a manos
De esos indios inhumanos,
Nos queda algo:—este puñal."

CUARTA PARTE

LA ALBORADA

Giá la terra é coperta d'uccisi;
Tutta é sangue la vasta pianura.....

MANZONI.

Ya de muertos la tierra está cubierta,
Y la vasta llanura toda es sangre.

Todo estaba silencioso.
La brisa de la mañana
Recién la yerba lozana
Acariciaba y la flor,
Y en el oriente nubloso
La luz apenas rayando,
Iba el campo matizando
De claroscuro verdor.

Posaba el ave en su nido;
Ni del pájaro se oía

La variada melodía,
Música que al alba da;
Y sólo, al ronco bufido
De algún potro que se azora,
Mezclaba su voz sonora
El agorero yajá.

En el campo de la holganza,
Sola techumbre del cielo,
Libre, ajena de recelo
Dormía la tribu infiel;
Mas la terrible venganza
De su constante enemigo
Alerta estaba, y castigo
Le preparaba crüel.

Súbito al trote asomaron
Sobre la extendida loma
Dos jinetes, como asoma
El astuto cazador;
Y al pie de ella divisaron
La chusma quieta y dormida,
Y volviendo atrás la brida
Fueron a dar el clamor

De alarma al campo cristiano.
Pronto en brutos altaneros
Un escuadrón de lanceros
Trotando allí se acercó,
Con acero y lanza en mano;
Y en hileras dividido
Al indio, no apercibido,
En doble muro encerró.

Entonces, el grito, "Cristiano, Cristiano"
Resuena en el llano,
"Cristiano" repite confuso clamor.
La turba que duerme despierta turbada,
Clamando azorada,
"Cristiano nos cerca, cristiano traidor."

Niños y mujeres, llenos de conflito,
Levantan el grito;
Sus almas conturba la tribulación;
Los unos pasmados, al peligro horrendo,
Los otros huyendo,
Corren, gritan, llevan miedo y confusión.

Quien salta al caballo que encontró primero,
Quien toma el acero,
Quien corre su potro querido a buscar;

Mas ya la llanura cruzan desbandadas,
    Yeguas y manadas,
Que el cauto enemigo las hizo espantar.

En trance tan duro los carga el cristiano,
    Blandiendo en su mano
La terrible lanza, que no da cuartel.—
Los indios más bravos luchando resisten,
    Cual fieras embisten:—
El brazo sacude la matanza cruel.

El sol aparece;—las armas agudas
    Relucen desnudas,
Horrible la muerte se muestra doquier.
En lomos del bruto, la fuerza y coraje,
    Crece del salvaje,
Sin su apoyo, inerme se deja vencer.

Pie en tierra poniendo la fácil victoria,
    Que no le da gloria,
Prosigue el cristiano lleno de rencor.—
Caen luego caciques, soberbios caudillos,
    Los fieros cuchillos
Degüellan, degüellan, sin sentir horror.

Los ayes, los gritos, clamor del que llora,
Gemir del que implora,
Puesto de rodillas, en vano piedad,
Todo se confunde:—del plomo el silbido,
Del hierro el crujido,
Que ciego no acata ni sexo, ni edad.

Horrible, horrible matanza
Hizo el cristiano aquel día;
Ni hembra, ni varón, ni cría
De aquella tribu quedó.
La inexorable venganza
Siguió el paso a la perfidia,
Y en no cara y breve lidia
Su cerviz al hierro dió.

Vióse la yerba teñida
De sangre, hediondo y sembrado
De cadáveres el prado
Donde resonó el festín.
Y del sueño de la vida
Al de la muerte pasaron
Los que poco antes holgaron,
Sin tener aciago fin.

Las cautivas derramaban
Lágrimas dè regocijo;—
Una al esposo, otra al hijo
Debió allí la libertad;
Pero ellos tristes estaban.
Porque ni vivo, ni muerto
Halló a Brian, en el desierto,
Su valor y su lealtad.

———

QUINTA PARTE

EL PAJONAL

......e lo spirito lasso
Conforta, e ciba di speranza buona

DANTE.

.......y el ánimo cansado
De esperanza feliz, nutre, y conforta.

Así, huyendo a la ventura,
Ambos a pie divagaron
Por la lóbrega llanura,
Y al salir la luz del día
A corto trecho se hallaron
De un inmenso pajonal (1).

---

(1) Pajonal: paraje anegado, en donde crece la paja enmarañada y alta. Los hay muy extensos, y algunos a la distancia aparecen en la planicie como bosque: son los "Oasis" de la pampa.

Brian debilitado, herido,
A la fatiga rendido
La planta apenas movía;
Su angustia era sin igual.
Pero un ángel, su querida,
Siempre a su lado velaba,
Y el espíritu y la vida,
Que su alma heroica anidaba,
La infundía, al parecer,
Con miradas cariñosas,
Voces del alma profundas
Que debieran ser eternas;
Y aquellas palabras tiernas,
O armonías misteriosas,
Que sólo manan fecundas
Del labio de la mujer.

Temerosos del salvaje
Acogiéronse al abrigo
De aquel pajonal amigo,
Para de nuevo su viaje
Por la noche continuar;
Descansar allí un momento,
Y refrigerio y sustento
A la flaqueza buscar.

Era el adusto verano:
Ardiente el sol como fragua
En cenagoso pantano
Convertido había el agua
Allí estancada, y los peces,
Los animales inmundos
Que aquel bañado habitaban,
Muertos, el aire infestaban,
O entre las impuras heces
Aparecían a veces
Boqueando moribundos,
Como del cielo implorando
Agua y aire:—aquí se vía
Al voraz cuervo, tragando
Lo más asqueroso y vil;
Allí la blanca cigüeña,
El pescuezo corvo alzando,
En su largo pico enseña
El tronco de algún reptil;
Más allá se ve al carancho,
Que jamás presa desdeña,
Con pico en forma de gancho
De la espirante alimaña
Zajar la fétida entraña:—
Y en aquel páramo yerto,

Donde a buscar como a puerto
Refrigerio, van errantes
Brian y María anhelantes,
Sólo divisan sus ojos
Feos, inmundos despojos
De la muerte.—¡Qué destino
Como el suyo miserable!
Si en aquel instante vino
La memoria perdurable
De la pasada ventura,
A turbar su fantasía,
¡Cuán amarga les sería!
Cuán triste, yerma y oscura!

Pero con pecho animoso
En el lodo pegajoso
Penetraron, ya cayendo,
Ya levantando, o subiendo
El pie flaco y dolorido;
Y sobre un flotante nido
De yajá (columna bella,
Que entre la paja descuella,
Como edificio construido
Por mano hábil), se sentaron
A descansar o morir.
Súbito allí desmayaron

Los espíritus vitales
De Brian à tanto sufrir;
Y en los brazos de María,
Que inmóvil permanecía,
Cayó muerto al parecer.
¡Cómo palabras mortales
Pintar al vivo podrán
El desaliento y angustias,
O las imágenes mustias,
Que el alma atravesarán
De aquella infeliz mujer!
Flor hermosa y delicada,
Perseguida y conculcada
Por cuantos males tiranos
Dió en herencia a los humanos
Inexorable poder.

Pero a cada golpe injusto
Retoñece más robusto
De su noble alma el valor;
Y otra vez, con paso fuerte,
Huella el fango, do la muerte
Disputa un resto de vida
A indefensos animales;
Y rompiendo enfurecida
Los espesos matorrales,

Camina a un sordo rumor
Que oye próximo, y mirando
El hondo cauce anchuroso
De un arroyo que copioso
Entre la paja corría,
Se volvió atrás, exclamando
Arrobada de alegría:—
—"Gracias te doy, Dios supremo!
Brian se salva, nada temo."—

Pronto llega al alto nido
Donde yace su querido,
Sobre sus hombros le carga,
Y con vigor desmedido
Lleva, lleva, a paso lento,
Al puerto de salvamento
Aquella preciosa carga.

Allí en la orilla verdosa
El inmoble cuerpo posa,
Y los labios, frente y cara
En el agua fresca y clara
Le embebe;—su aliento aspira,
Por ver si vivo respira,
Trémula su pecho toca;
Y otra vez sienes y boca

Le empapa:—en sus ojos vivos,
Y en su semblante animado,
Los matices fugitivos
De la apasionada guerra
Que su corazón encierra,
Se muestran.—Brian recobrado
Se mueve, incorpora, alienta,
Y débil mirada lenta
Clava en la hermosa María,
Diciéndola: "amada mía,
Pensé no volver a verte,
Y que este sueño sería
Como el sueño de la muerte;
Pero tú, siempre velando,
Mi vivir sustentas, cuando
Yo en nada puedo valerte,
Sino doblar la amargura
De tu extraña desventura."
—"Que vivas tan solo quiero,
Porque si mueres, yo muero;
Brian mío, alienta, triunfamos,
En salvo y libres estamos,
No te aflijas;—bebe, bebe
Esta agua, cuyo frescor
El extenuado vigor

Volverá a tu cuerpo en breve,
Y esperemos con valor
De Dios el fin que imploramos."—
  Dijo así y en la corriente
Recoge agua, y diligente,
De sus miembros con esmero,
Se aplica a lavar primero
Las dolorosas heridas,
Las hondas llagas henchidas
De negra sangre cuajada,
Y a sus inflamados pies
El lodo impuro; y después
Con su mano delicada
Las venda.—Brian silencioso
Sufre el dolor con firmeza;
Pero siente a la flaqueza
Rendido el pecho animoso.

  Ella entonces alimento
Corre a buscar; y un momento,
Sin duda el cielo piadoso,
De aquellos finos amantes,
Infortunados y errantes,
Quiso aliviar el tormento.

SEXTA PARTE

LA ESPERA

¡Qué largas son las horas del deseo!
MORETO.

Triste, oscura, encapotada
Llegó la noche esperada,
La noche que ser debiera
Su grata y fiel compañera;
Y en el vasto pajonal
Permanecen inactivos
Los amantes fugitivos.
Su astro, al parecer, declina,
Como la luz vespertina,
Entre sombra funeral,

Brian por el dolor vencido
Al margen yace tendido

Del arroyo;—probó en vano
El paso firme y lozano
De su querida seguir;—
Sus plantas desfallecieron,
Y sus heridas vertieron
Sangre otra vez.—Sintió entonce
Como una mano de bronce
Por sus miembros discurrir.

María espera a su lado,
Con corazón agitado,
Que amanecerá otra aurora
Más bella y consoladora;—
El amor la inspira fé
En destino más propicio,
Y la oculta el precipicio
Cuya idea sóla pasma:—
El descarnado fantasma
De la realidad no ve.

Pasión vivaz la domina,
Ciega pasión la fascina;—
Mostrando a su alma el trofeo
De su impetuoso deseo
La dice: tú triunfarás.
Ella infunde a su flaqueza

Constancia allí y fortaleza;
Ella su hambre, su fatiga,
Y sus angustias mitiga
Para devorarla más.

Sin el amor que en sí entraña,
¿Qué sería?—Frágil caña
Que el más leve impulso quiebra,
Ser delicado, fina hebra,
Sensible y flaca mujer.
Con él es ente divino
Que pone a raya el destino,
Angel poderoso y tierno
A quien no haría el infierno
Vacilar, ni estremecer.

De su querido no advierte
El mortal abatimiento,
Ni cree se atreva la muerte
A sofocar el aliento
Que hace vivir a los dos;
Porque de su llama intensa
Es la vida tan inmensa,
Que a la muerte vencería,
Y en sí eficacia tendría
Para animar como Dios.

El amor es fe inspirada,
Es religión arraigada,
En lo íntimo de la vida.—
Fuente inagotable, henchida
De esperanza, su anhelar
No halla obstáculo invencible
Hasta conseguir victoria;
Si se estrella en lo imposible
Gozoso vuela a la gloria
Su heroica palma a buscar.

María no desespera,
Porque su ahinco procura
Para lo que ama ventura,
Y al infortunio supera
Su imperiosa voluntad.
Mañana,—el grito constante
De su corazón amante
La dice,—mañana el cielo
Hará cesar tu desvelo,
La nueva luz esperad.

La noche cubierta, en tanto
Camina en densa tiniebla,
Y en el abismo de espanto,
Que aquellos páramos puebla,

Ambos perdidos se ven.
Parda, rojiza, radiosa,
Una faja luminosa
Forma horizonte no lejos;
Sus amarillos reflejos
En lo oscuro hacen vaivén.

La llanura arder parece,
Y que con el viento crece,
Se encrespa, aviva y derrama
El resplandor y la llama
En el mar de lobreguez.
Aquel fuego colorado,
En tinieblas engolfado,
Cuyo esplendor vaga horrendo,
Era trasunto estupendo
De la inferna terriblez.

Brian, recostado en la yerba
Como ajeno de sentido,
Nada ve:—ella un ruido
Oye; pero sólo observa
La negra desolación,
O las sombrías visiones
Que engendran las turbaciones
De su espíritu.—¡Cuán larga

Aquella noche y amarga
Sería a su corazón!

Miró a su amante,—espantoso,
Un bramido cavernoso
La hizo temblar, resonando:—
Era el tigre que buscando
Pasto a su saña feroz
En los densos matorrales,
Nuevos presagios fatales
Al infortunio traía.—
En silencio, echó María
Mano a su puñal, veloz.

SEPTIMA PARTE

LA QUEMAZON

Voyez... Dejá la flamme en torrent se déploie.
LAMARTINE.

Mirad ya en torrente se extiende la llama.

El aire estaba inflamado,
Turbia la región suprema,
Envuelto el campo en vapor;
Rojo el sol, y coronado
De parda oscura diadema,
Amarillo resplandor
En la atmósfera esparcía;
El bruto, el pájaro huía,
Y agua la tierra pedía
Sedienta y llena de ardor.

Soplando a veces el viento
Limpiaba los horizontes,
Y de la tierra brotar
De humo rojo y ceniciento
Se veían como montes;
Y en la llanura ondear,
Formando espiras doradas,
Como lenguas inflamadas,
O melenas encrespadas
De ardiente, agitado mar.

Cruzándose nubes densas
Por la esfera dilataban,
Como cuando hay tempestad,
Sus negras alas inmensas;
Y más, y más aumentaban
El pavor y oscuridad.
El cielo entenebrecido,
El aire, el humo encendido,
Eran, con el sordo ruido,
Signo de calamidad.

El pueblo de lejos
Contempla asombrado
Los turbios reflejos;
Del día enlutado

La ceñuda faz.
El humilde llora,
El piadoso implora;
Se turba y azora
La malicia audaz.

Quien cree ser indicio
Fatal, estupendo
Del día del juicio,
Del día tremendo
Que anunciado está.
Quien piensa que al mundo,
Sumido en lo inmundo,
El cielo iracundo
Pone a prueba ya.

Era la plaga que cría
La devorante sequía
Para estrago y confusión:—
De la chispa de una hoguera,
Que llevó el viento ligera,
Nació grande, cundió fiera
La terrible quemazón.

Ardiendo, sus ojos
Relucen, chispean;

En rubios manojos
Sus crines ondean,
Flameando también;
La tierra gimiendo,
Los brutos rujiendo,
Los hombres huyendo,
Confusos la ven.

Sutil se difunde,
Camina, se mueve,
Penetra, se infunde;
Cuanto toca, en breve,
Reduce a tizón.
Ella era,—y pastales,
Densos pajonales,
Cardos y animales
Ceniza, humo son.

Raudal vomitando,
Venía de llama,
Que hirviendo, silbando,
Se enrosca y derrama
Con velocidad.—
Sentada María
Con su Brian la vía:
—"Dios mío! decía,
De nos ten piedad."—

Piedad María imploraba,
Y piedad necesitaba
De potencia celestial.
Brian caminar no podía,
Y la quemazón cundía
Por el vasto pajonal.

Allí pábulo encontrando,
Como culebra serpeando,
Velozmente caminó;
Y agitando, desbocada,
Su crin de fuego erizada
Gigante cuerpo tomó.

Lodo, paja, restos viles
De animales y reptiles
Quema el fuego vencedor,
Que el viento iracundo atiza;
Vuelan el humo y ceniza,
Y el inflamado vapor,

Al lugar donde, pasmados,
Los cautivos desdichados,
Con despavoridos ojos,
Están, su hervidero oyendo,
Y las llamaradas viendo
Subir en penachos rojos.

No hay como huir, no hay efugio,
Esperanza ni refugio;
¿Dónde auxilio encontrarán?
Postrado Brian yace inmoble
Como el orgulloso roble
Que derribó el huracán.

Para ellos no existe el mundo.
Detrás arroyo profundo
Ancho se extiende, y delante
Formidable y horroroso,
Alza la cresta furioso
Mar de fuego devorante.

"Huye presto, Brian decía
Con voz débil a María,
Déjame solo morir;
Este lugar es un horno:
Huye ¿no miras en torno
Vapor cárdeno subir?"

Ella calla, o le responde:—
—"Dios, largo tiempo, no esconde
Su divina protección.
¿Crees tú nos haya olvidado?
Salvar tu vida ha jurado
O morir mi corazón.—"

Pero del cielo era juicio
Que en tan horrendo suplicio
No debían perecer;
Y que otra vez de la muerte
Inexorable, amor fuerte
Triunfase, amor de mujer.

Súbito ella se incorpora:
De la pasión que atesora
El espíritu inmortal
Brota, en su faz la belleza
Estampando fortaleza
De criatura celestial,

No sujeta a ley humana;
Y como cosa liviana
Carga el cuerpo amortecido
De su amante, y con él junto,
Sin cejar, se arroja al punto
En el arroyo extendido.

Cruje el agua, y suavemente
Surca la mansa corriente
Con el tesoro de amor;
Semejante a Ondina bella
Su cuerpo airoso descuella,
Y hace, nadando, rumor.

Los cabellos atezados,
Sobre sus hombros nevados
Sueltos, reluciendo van;
Boga con un brazo lenta,
Y con el otro sustenta
A flor, el cuerpo de Brian,

Aran la corriente unidos
Como dos cisnes queridos,
Que huyen de águila cruel,
Cuya garra, siempre lista,
Desde la nube se alista
A separar su amor fiel.

La suerte injusta se afana
En perseguirlos:—ufana
En la orilla opuesta el pié
Pone María triunfante,
Y otra vez libre a su amante
De horrenda agonía ve.

¡O del amor maravilla!
En sus bellos ojos brota
Del corazón, gota a gota,
El tesoro sin mancilla,
Celeste, inefable unción;
Sale en lágrimas deshecho

Su heroico amor satisfecho.
Y su formidable cresta
Sacude, enrosca y enhiesta
La terrible quemazón.

Calmó después el violento
Soplar del airado viento:
El fuego a paso más lento
Surcó por el pajonal,
Sin topar ningún escollo;
Y a la orilla de un arroyo
A morir al cabo vino,
Dejando, en su ancho camino,
Negra y profunda señal.

OCTAVA PARTE

BRIAN

Les guerriers et les coursiers eux mémes
Sont lá pour attester les victoires de mon bras.
Je dois ma renommée á mon glaive.....

ANTAR (1)

Los guerreros y aun los bridones de la batalla
Existen para atestiguar las victorias de mi brazo.
Debo mi renombre a mi espada.

Pasó aquel, llegó otro día
Triste, ardiente, y todavía
Desamparados como antes,
A los míseros amantes
Encontró en el pajonal.
Brian, sobrè pajizo lecho
Inmoble está, y en su pecho

---

(1) Antar: célebre poeta árabe, de quien M. de La-martine cita algunos fragmentos en su viaje a Oriente: de ellos se ha tomado el tema que encabeza este canto.

Arde fuego inextinguible;
Brota en su rostro, visible
Abatimiento mortal.—

Abrumados y rendidos
Sus ojos, como adormidos,
La luz esquivan, o absortos
En los pálidos abortos
De la conciencia, (legión
Que atribula al moribundo)
Veran formas de otro mundo;
Imagenes fugitivas,
O las claridades vivas
De fantastica region.

Triste a su lado María
Revuelve en la fantasia
Mil contrarios pensamientos,
Y horribles presentimientos
La vienen allí a asaltar:—
Espectros que engendra el alma
Cuando el ciego desvarío
De las pasiones se calma,
Y perdida en el vacío
Se recoge a meditar.

Allí, frágil navecilla
En mar sin fondo ni orilla,
Do nunca ríe bonanza
Se encuentra, sin esperanza
De poder al fin surgir;
Allí ve su afán perdido
Por salvar a su querido;
Y cuán lejano y nubloso
El horizonte radioso
Está de su porvenir.

Cuán largo, incierto camino
La desdicha le previno;
Cuan triste peregrinaje!
Allí ve de aquel paraje
La yerta inmovilidad.
Allí ya del desaliento
Sufre el pausado tormento,
Y abrumada de tristeza,
Al cabo a sentir empieza
Su abandono y soledad.

Echa la vista delante,
Y al aspecto de su amante
Desfallece su heroísmo;
La vuelve, y hórrido abismo

Mira atónita detrás.
Allí apura la agonía
Del que vió cuando dormía
Paraíso de dicha eterno,
Y al despertar un infierno
Que no imaginó jamás.

En el empíreo nublado
Flamea el sol colorado;
Y en la llanura domina
La vaporosa calina,
El bochorno abrasador.
Brian sigue inmoble, y María
En formar se entretenía
De junco un denso tejido,
Que guardase a su querido
De la intemperie y calor.

Cuando oyó, como el aliento
Que al levantarse o moverse
Hace animal corpulento,
Crujir la paja y romperse
De un cercano matorral.
Miró ¡oh terror! y acercarse
Vió con movimiento tardo,
Y hacia ella encaminarse

Lamiéndose, un tigre pardo
Tinto en sangre;—atroz señal.

Cobrando ánimo al instante
Se alzó María arrogante,
En mano el puñal desnudo,
Vivo el mirar, y un escudo
Formó de su cuerpo a Brian.
Llegó la fiera inclemente;
Clavó en ella vista ardiente,
Y a compasión ya movida,
O fascinada y herida
Por sus ojos y ademán,

Recta prosiguió el camino,
Y al arroyo cristalino
Se echó a andar.—¡Oh amor tierno!
De lo más frágil y eterno
Se compaginó tu ser.
Siendo sólo afecto humano,
Chispa fugaz, tu grandeza,
Por impenetrable arcano,
Es celestial.—¡Oh belleza!
No se anida tu poder

En tus lágrimas, ni enojos;
Sí, en los sinceros arrojos
De tu corazón amante:—
María en aquel instante
Se sobrepuso al terror,
Pero cayó sin sentido
A conmoción tan violenta.—
Bella como ángel dormido
La infeliz estaba, exenta
De tanto afán y dolor.

Entonces ¡ah! parecía
Que marchitado no había
La aridez de la congoja,
Que a lo más bello despoja,
Su frescura juvenil.
¡Venturosa si más largo
Hubiera sido su sueño!
Brian despierta del letargo:
Brilla matiz más risueño
En su rostro varonil.—

Se sienta,—estático mira,
Como el que en vela delira;
Lleva la mano a su frente
Sudorífera y ardiente,

¿Qué cosas su alma verá?
La luz, noche le parece,
Tierra y cielo se oscurece,
Y rueda en un torbellino
De nubes.—"Este camino
Lleno de espinas está:

"Y la llanura, María,
¿No vés cuán triste y sombría?
¿Dónde vamos?—A la muerte.—
Triunfó la enemiga suerte."
Dice delirando Brian.
"Cuán caro mi amor te cuesta!
Y mi confianza funesta,
Cuánta fatiga y ultrajes!
Pero pronto los salvajes
Su deslealtad pagarán."

Cobra María el sentido
Al oir de su querido
La voz, y en gozo nadando
Se incorpora, en él clavando
Su cariñosa mirada.
"Pensé dormías, la dice,
Y despertarte no quise;
Fuera mejor que durmieras

Y del bárbaro no oyeras
La estrepitosa llegada.

"¿Sabes?—Sus manos lavaron,
Con infernal regocijo,
En la sangre de mi hijo;
Mis valientes degollaron.
Como el huracán pasó,
Desolación vomitando,
Su vigilante perfidia.
Obra es del inicuo bando,
¡Qué dirá la torpe envidia!
Ya mi gloria se eclipsó.

"De paz con ellos estaba
Y en la villa descansaba.—
Oye, no te fíes, vela,—
Lanza, caballo y espuela
Siempre lista has de tener.—
Mira donde me han traído,—
Atado estoy, y ceñido;
No me es dado levantarme,
Ni valerte ni vengarme,
Ni batallar ni vencer.

"Venga, venga mi caballo,
Mi caballo por la vida;
Venga mi lanza fornida,
Que yo basto a ese tropel.—
Rodeado de picas me hallo.—
Paso, canalla traidora,
Que mi lanza vengadora
Castigo os dará cruel.

"¿No miráis la polvareda
Que del llano se levanta?
No sentís lejos la planta
De los brutos retumbar?
La tribu es, huyendo leda,
Como carnicero lobo,
Con los despojos del robo,
No de intrépido lidiar.

"Mirad ardiendo la villa,
Y degollados dormidos
Nuestros hermanos queridos
Por la mano del infiel.
¡Oh mengua! ¡oh rabia! ¡oh mancilla!
Venga mi lanza ligero,
Mi caballo parejero,
Daré alcance a ese tropel."

Se alzó Brian enajenado,
Y su bigote erizado
Se mueve; chispean rojos,
Como centellas, sus ojos
Que hace el entusiasmo arder;
El rostro y talante fiero,
Do resalta con viveza
El valor y la nobleza,
La majestad del guerrero
Acostumbrado a vencer.

Pero al punto desfallece.
Ella atónita enmudece,
Ni halla voz su sentimiento;
En tan solemne momento
Flaquea su corazón.
El sol pálido declina:
En la cercana colina
Triscan las gamas y ciervos
Y de caranchos y cuervos
Grazna la impura legión.

De cadáveres avara,
Cual si muerte presagiara.
Así la caterva estulta,
Vil al heroísmo insulta,

Que triunfante veneró.
María tiembla.—El alzando
La vista al cielo, y tomando
Con sus manos casi heladas
Las de su amiga adoradas,
A su pecho las llevó.

Y con voz débil la dice:
"Oye,—de Dios es arcano,
Que más tarde o más temprano
Todos debemos morir.
Insensato el que maldice
La ley que a todos iguala:
Hoy el término señala
A mi robusto vivir.

"Resígnate;—bien venida
Siempre, mi amor, fué la muerte
Para el bravo, para el fuerte
Que a la patria y al honor
Joven consagró su vida:
¿Qué es ella?—una chispa, nada,
Con ese sol comparada,
Raudal vivo de esplendor.

"La mía brilló un momento,
Pero a la patria sirviera;
También mi sangre corriera
Por su gloria y libertad.
Lo que me da sentimiento
Es que de tí me separo,
Dejándote sin amparo
Aquí en esta soledad.

"Otro premio merecía
Tu amor y espíritu brioso,
Y galardón más precioso
Te destinaba mi fe.
Pero ¡ay Dios! la suerte mía
De otro modo se eslabona;
Hoy me arrancan la corona
Que insensato ambicioné.

"¡Si al menos la azul bandera
Sombra a mi cabeza diese!
¡O antes por la patria fuese
Aclamado vencedor!
¡Oh destino! quien pudiera
Morir en la lid, oyendo
El alarido y estruendo,
La trombeta y atambor.

"Tal gloria no he conseguido,
Mis enemigos triunfaron;
Pero mi orgullo no ajaron
Los favores del poder.
¡Qué importa! mi brazo ha sido
Terror del salvaje fiero:
Los Andes vieron mi acero
Con honor resplandecer.

"¡Oh estrépito de las armas!
¡Oh embriaguez de la victoria!
¡Oh campos, soñada gloria!
¡Oh lances del combatir!
Inesperadas alarmas,
Patria, honor, objetos caros,
Ya no volveré a gozaros;
Joven yo debo morir.

"Hoy es el aniversario
De mi primera batalla,
Y en torno a mí todo calla...
Guarda en tu pecho mi amor,
Nadie llegue a su santuario...
Aves de presa parecen,—
Ya mis ojos se oscurecen;—
Pero allí baja un condor.

"Y huye el enjambre insolente.
Adiós, en vano te aflijo...
Vive, vive para tu hijo,
Dios te impone ese deber.—
Sigue, sigue al occidente
Tu trabajosa jornada:
Adiós, en otra morada,
Nos volveremos a ver."

Calló Brian, y en su querida,
Clavó mirada tan bella,
Tan profunda y dolorida,
Que toda el alma por ella
Al parecer exhaló.
El crepúsculo esparcía
En el desierto luz mustia.
Del corazón de María,
El desaliento y angustia,
Sólo el cielo penetró.

NOVENA PARTE

MARIA

Fallece esperanza y crece tormento.
ANONIMO.

Morte bella parea nel suo bel viso.
PETRARCA.

La muerte parecía
Bella en su rostro bello.

¿Qué hará María?—En la tierra
Ya no se arraiga su vida.
¿Dónde irá?—Su pecho encierra
Tan honda y vivaz herida,
Tanta congoja y pasión,
Que para ello es infecundo
Todo consuelo del mundo,
Burla horrible su contento,
Su compasión un tormento,
Su sonrisa una irrisión.

¿Qué le importan sus placeres,
Su bullicio y vana gloria;
Si ella, entre todos los seres,
Como desechada escoria,
Lejos, olvidada está?
¿En qué corazón humano,
En qué límite del orbe,
El tesoro soberano,
Que sus potencias absorbe,
Ya perdido encontrará?

Nace del sol la luz pura,
Y una fresca sepultura
Encuentra; lecho postrero,
Que al cadáver del guerrero
Preparó el más fino amor.
Sobre ella hincada María,
Muda como estatua fría,
Inclinada la cabeza,
Semejaba a la tristeza
Embebida en su dolor.

Sus cabellos renegridos
Caen por los hombros tendidos,
Y sombrean de su frente,
Su cuello y rostro inocente,

La nevada palidez.
No suspira allí, ni llora;
Pero como ángel que implora,
Para miserias del suelo
Una mirada del cielo,
Hace esta sencilla prez:

—"Ya en la tierra no existe
El poderoso brazo,
Donde hallaba regazo
Mi enamorada sien:
Tú ¡oh Dios! no permitiste
Que mi amor lo salvase,
Quisiste que volase
Donde florece el bien.

Abre, Señor, a su alma
Tu seno regalado,
Del bienaventurado
Reciba el galardón:
Encuentre allí la calma,
Encuentre allí la dicha,
Que busca en su desdicha
Mi viudo corazón."—

Dice. Un punto su sentido
Queda como sumergido.—
Echa la postrer mirada
Sobre la tumba callada
Donde toda su alma está.—
Mirada llena de vida;
Pero lánguida, abatida
Como la última vislumbre
De la agonizante lumbre,
Falta de alimento ya.

Y alza luego la rodilla;
Y tomando por la orilla
Del arroyo hácia el ocaso,
Con indiferente paso,
Se encamina al parecer.
Pronto sale de aquel monte
De paja, y mira delante
Ilimitado horizonte,
Llanura y cielo brillante,
Desierto y campo doquier.

¡Oh noche! oh fúlgida estrella,
Luna solitaria y bella,
Sed benignas! el indicio
De vuestro influjo propicio

Siquiera una vez mostrad.
Bochornos, cálidos vientos,
Inconstantes elementos,
Preñados de temporales,
Apiadaos; fieras fatales
Su desdicha respetad.

Y tú ¡oh Dios! en cuyas manos
De los míseros humanos
Está el oculto destino,
Siquiera un rayo divino
Haz a su esperanza ver.
Vacilar, de alma sencilla
Que resignada se humilla,
No hagas la fe acrisolada;
Susténtala en su jornada,
No la dejes perecer.

Adiós, pajonal funesto,
Adiós, pajonal amigo,
Se va ella sola ¡cuán presto
De su júbilo, testigo,
De su luto fuistes vos!
El sol y la llama impía
Marchitaron tu ufanía;
Pero hoy tumba de un soldado

Eres y asilo sagrado:
Pajonal glorioso, adiós.

Gózate; ya no se anidan
En tí las aves parleras,
Ni tu agua y sombra convidan
Sólo a los brutos y fieras:
Soberbio debes estar.
El valor y la hermosura,
Ligados por la ternura,
En tí hallaron refrigerio;
De su infortunio el misterio
Tú solo puedes contar.

Gózate: votos, ni ardores
De felices amadores
Tu esquividad no turbaron;
Sino voces que confiaron
A tu silencio su mal.
En la noche tenebrosa,
Con los ásperos graznidos
De la legión ominosa,
Oirás ayes y gemidos:
Adiós, triste pajonal.

De tí María se aleja,
Y en tus soledades deja
Toda su alma; agradecido
El depósito querido
Guarda y conserva; quizá
Mano generosa y pía
Venga a pedírtelo un día:
Quizá la viva palabra
Un monumento le labra
Que el tiempo respetará.

Día y noche ella camina:
Y la estrella matutina
Caminando solitaria,
Sin articular plegaria,
Sin descansar ni dormir
La ve.—En su planta desnuda
Brota la sangre y chorrea;
Pero toda ella, sin duda,
Va absorta en la única idea
Que alimenta su vivir.

En ella encuentra sustento.—
Su garganta es viva fragua,
Un volcán su pensamiento;
Pero mar de hielo y agua

Refrigerio inútil es
Para el incendio que abriga;
Insensible a la fatiga,
A cuanto ve indiferente,
Como mísera demente
Mueve sus heridos pies,

Por el desierto.—Adormida
Está su orgánica vida;
Pero la vida de su alma
Fomenta en sí aquella calma
Que sigue a la tempestad,
Cuando el ánimo cansado
Del afán violento y duro,
Al parecer resignado,
Se abisma en el fondo obscuro
De su propia soledad.

Tremebundo precipicio,
Fiebre lenta y devorante,
Ultimo efugio, suplicio
Del infierno, semejante
A la postrer convulsión
De la víctima en tormento:
Trance que si dura un día
Anonada el pensamiento,

Encanece, o deja fría
La sangre en el corazón.

Dos soles pasan.—¿Adónde
Tu poder ¡oh Dios! se esconde?
¿Está por ventura exhausto?
¿Más dolor en holocausto
Pide a una flaca mujer?
No;—de la quieta llanura
Ya se remonta a la altura
Gritando el yajá.—Camina,
Oye la voz peregrina
Que te viene a socorrer.

¡Oh ave de la Pampa hermosa,
Cómo te meces ufana!
Reina sí, reina orgullosa
Eres, pero no tirana
Como el águila fatal:
Tuyo es también del espacio
El transparente palacio:
Si ella en las rocas se anida,
Tú en la esquivez escondida
De algún vasto pajonal.

De la víctima el gemido,
El huracán y el tronido
Ella busca, y deleite halla
En los campos de batalla:
Pero tú la tempestad,
Día y noche vigilante,
Anuncias al gaucho errante;
Tu grito es de buen presagio,
Al que asechanza o naufragio
Teme de la adversidad.

Oye sonar en la esfera
La voz del ave agorera,
Oye, María, infelice;—
Alerta, alerta, te dice;
Aquí está tu salvación.—
¿No la ves como en el aire
Balancea con donaire
Su cuerpo albo-ceniciento?
¿No escuchas su ronco acento?
Corre a calmar tu aflicción.

Pero nada ella divisa,
Ni el feliz reclamo escucha;
Y caminando va a prisa:
El demonio con que lucha

La turba, impele y amaga,
Turbios, confusos y rojos
Se presentan a sus ojos
Cielo, espacio, sol, verdura,
Quieta insondable llanura
Donde sin brújula vaga.

Mas ¡ah! que en vivos corceles
Un grupo de hombres armados
Se acerca ¿serán infieles,
Enemigos?—No, soldados
Son del desdichado Brian.
Llegan, su vista se pasma;
Ya no es la mujer hermosa,
Sino pálido fantasma;
Mas reconocen la esposa
De su fuerte capitán.

Creianla cautiva o muerta;
Grande fué su regocijo.
Ella los mira y despierta.
—"¿No sabéis qué es de mi hijo?"—
Con toda el alma exclamó.
Tristes mirando a María
Todos el labio sellaron;
Mas luego una voz impía:

"Los indios lo degollaron"
Roncamente articuló.

Y al oir tan crudo acento,
Como quiebra al seco tallo
El menor soplo de viento,
O como herida del rayo
Cayó la infeliz allí;
Viéronla caer, turbados,
Los animosos soldados,
Una lágrima la dieron,
Y funerales la hicieron
Dignos de contarse aquí.

Aquella trama formada
De la hebra más delicada,
Cuyo espíritu robusto
Lo más acerbo e injusto
De la adversidad probó,
Un soplo débil deshizo:
Dios para amar, sin duda, hizo
Un corazón tan sensible;
Palpitar le fué imposible
Cuando a quien amar no halló.

Murió María. ¡Oh voz fiera!
¡Cuál entraña te abortara!
Mover al tigre pudiera
Su vista sola;—y no hallara
En tí alguna compasión,
Tanta miseria y conflicto,
Ni aquel su materno grito;
Y como flecha saliste,
Y en lo más profundo heriste
Su anhelante corazón.

Embates y oscilaciones
De un mar de tribulaciones
Ella arrostró; y la agonía
Saboreó su fantasía,
Y el punzante frenesí
De la esperanza insaciable,
Que en pos de un deseo vuela;
No alcanza el blanco inefable,
Se irrita en vano y desvela;
Vuelve a devorarse a sí.

Una a una, todas bellas,
Sus ilusiones volaron,
Y sus deseos con ellas;
Sola y triste la dejaron

Sufrir hasta enloquecer.
Quedaba a su desventura
Un amor, una esperanza,
Un astro en la noche oscura,
Un destello de bonanza,
Un corazón que querer.

Una voz cuya armonía
Adormecerla podría;
A su llorar un testigo,
A su miseria un abrigo,
A sus ojos qué mirar.
Quedaba a su amor desnudo
Un hijo, un vástago tierno;
Encontrarlo aquí no pudo,
Y su alma al regazo eterno
Lo fué volando a buscar.

Murió; por siempre cerrados
Están sus ojos cansados
De errar por llanura y cielo,
De sufrir tanto desvelo,
De afanar sin conseguir.
El atractivo está yerto
De su mirar: ya el desierto,
Su último asilo, los rastros

De tan hechiceros astros
No verá otra vez lucir.

Pero de ella aún hay vestigio.
¿No veis el raro prodigio?
Sobre su cándida frente
Aparece nuevamente
Un prestigio encantador.
Su boca y tersa mejilla
Rosada, entre nieve brilla,
Y revive en su semblante
La frescura rozagante
Que marchitara el dolor.

La muerte bella la quiso,
Y estampó en su rostro hermoso
Aquel inefable hechizo,
Inalterable reposo,
Y sonrisa angelical,
Que destellan las facciones
De una virgen en su lecho;
Cuando las tristes pasiones
No han ajado de su pecho
La pura flor virginal.

Entonces el que la viera,
Dormida ¡oh Dios! la creyera;
Deleitándose en el sueño
Con memorias de su dueño,
Llenas de felicidad:
Soñando en la alba lucida
Del banquete de la vida
Que sonríe a su amor puro:—
Mas ¡ay! que en el seno oscuro
Duerme de la eternidad.

EPILOGO

Douce lumiére, es tu leur ame?
LAMARTINE.

¿Eres, plácida luz, el alma de ellos?

¡Oh María! Tu heroísmo,
Tu varonil fortaleza,
Tu juventud y belleza
Merecieran fin mejor.
Ciegos de amor el abismo
Fatal tus ojos no vieron,
Y sin vacilar se hundieron
En él ardiendo en amor.

De la más cruda agonía
Salvar quisiste a tu amante,
Y lo viste delirante
En el desierto morir.
¡Cuál tu congoja sería!

¡Cuál tu dolor y amargura!
Y no hubo humana criatura
Que te ayudase a sentir.

Se malogró tu esperanza;
Y cuando sòla te viste,
También mísera caíste,
Como árbol cuya raíz
En la tierra ya no afianza
Su pompa y florido ornato:
Nada supo el mundo ingrato
De tu constancia infeliz.

Naciste humilde, y oculta
Como diamante en la mina,
La belleza peregrina
De tu noble alma quedó.
El desierto la sepulta,
Tumba sublime y grandiosa,
Do el héroe también reposa
Que la gozó y admiró.

El destino de tu vida
Fué amar, amor tu delirio,
Amor causó tu martirio,
Te dió sobrehumano ser;
Y amor, en edad florida,

Sofocó la pasión tierna,
Que omnipotencia de eterna
Trajo consigo al nacer.

Pero, no triunfa el olvido,
De amor, ¡oh bella María!
Que la virgen poesía
Corona te forma ya
De ciprés entretejido
Con flores que nunca mueren;
Y que admiren y veneren
Tu nombre y su nombre hará.

Hoy, en la vasta llanura,
Inhospitable morada,
Que no siempre sosegada
Mira el astro de la luz;
Descollando en una altura,
Entre agreste flor y yerba,
Hoy el caminante observa
Una solitaria cruz.

Fórmale grata techumbre
La copa extensa y tupida
De un ombú (1), donde se anida

(1) Ombú: árbol corpulento, de espeso y vistoso follaje, que descuella solitario en nuestras llanuras como

La altiva águila real;
Y la varia muchedumbre
De aves que cría el desierto
Se pone en ella a cubierto
Del frío y sol estival.

Nadie sabe cuya mano
Plantó aquel árbol benigno,
Ni quién a su sombra el signo
Puso de la redención.
Cuando el cautivo cristiano
Se acerca a aquellos lugares,
Recordando sus hogares,
Se postra a hacer oración.

Fama es que la tribu errante,
Si hasta allí llega embebida
En la caza apetecida
De la gama y avestruz,
Al ver del ombú gigante
La verdosa cabellera,
Suelta al potro la carrera
Gritando:—"allí está la cruz."

---

la palmera en los arenales de Arabia. Ni leña para el hogar, ni fruto brinda al hombre: pero sí fresca y regalada sombra en los ardores del estío.

Y revuelve atrás la vista,
Como quien huye aterrado,
Creyendo se alza el airado,
Terrible espectro de Brian.
Pálido el indio exorcista
El fatídico árbol nombra;
Ni a hollar se atreven su sombra
Los que de camino van.

También el vulgo asombrado
Cuenta que en la noche oscura
Suelen en aquella altura
Dos "luces" aparecer;
Que salen y habiendo errado
Por el desierto tranquilo,
Juntas a su triste asilo
Vuelven al amanecer.

Quizá mudos habitantes
Serán del páramo aerio,
Quizá espíritus,—¡misterio!
Visiones del alma son.
Quizá los sueños brillantes
De la inquieta fantasía,
Forman coro en la armonía
De la invisible creación.

La guitarra

o

Primera página de un libro

A.—What harmony is this? My good friends, hark!
C.—Maravillous sweet music!!
This is no mortal business, nor no sound
That the earth owes.

SHAKESPEARE.—"The tempest."

PRIMERA PARTE

I.

El cielo era sin nubes: centellaban
Con resplandor incierto las estrellas
En el diáfano velo de la noche,
Como claros diamantes en las trenzas
De la modesta virgen: y la Luna,
Astro de amor, sobre la triste tierra
Hermosa y melancólica esparcía
Su nítida y radiante cabellera.
Dormían los mortales fatigados
Del intenso afanar que fué su herencia.
Y estático Ramiro contemplaba
El astro de la noche y su diadema,
Respirando las auras de la Pampa
Que a zahumar vienen la morada regia
Donde dormita el Plata silencioso.
Suspendida su mente en las esferas
Fantásticas del cielo, se perdía

En mil cavilaciones halagüeñas;
Desaparecía el mundo ante sus ojos,
Y aquel bien infinito de la idea,
Deleite sin acíbar que concibe
El mísero mortal y nunca prueba,
Llegaba a paleadar; mas de repente
Del fantástico sueño lo despierta
La armonía fugaz de una guitarra,
Que dichoso amador quizá a la reja
De su querida pulsa; ¡cuánto afecto
Movió en su corazón aquella tierna
Melancólica trova!—de otra vida,
Vida de amores y de encanto llena,
Era revelación;—adiós postrero
De horas de dicha que pasaron bellas
Para más no volver;—era presagio
De infortunio o de gloria venidera.
Enmudeció la voz y el instrumento.
Corrió entonces Ramiro a su vihuela,
Largo tiempo olvidada, que fué siempre
De su ambulante vida compañera,
Y entonó esta canción que allá en España
En alabanza suya hizo un poeta:

Quién no oyó en noche clara y serena
Cantar contigo su dicha o pena

Al amador,
Ese no sabe, guitarra mía,
Con que eficacia tu melodía
Habla de amor.

La más esquiva, la más ingrata
Cede al halago de tu voz grata,
De tu gemir;
Y al pecho blando de la que adora
Llevas una aura consoladora
Que hace vivir.

Cada son tuyo que dulce vibra,
Electrizando, mueve una fibra
Del corazón;
Sueños dorados infunde al alma,
Tristes recuerdos disipa y calma
Su agitación.

Si el labio puro de alguna bella
De amor entona tierna querella
A par de tí;
No es de la tierra, no, fugitiva
Esa armonía que nos cautiva,
Divina sí.

II.

Diez y ocho años tenía y era bella,
Bella entre las hermosas Argentinas,
Que son reinas de amor en Buenos Aires
Como el río que baña sus orillas.

Diez y ocho años tenía, y en su rostro,
Donde el candor de la niñez se pinta,
La sombra pasajera e importuna
De congojoso afán se descubría.

Y de alma resignada a su destino,
Probada en el crisol de la desdicha,
La mansedumbre angélica, imprimiendo
Inefable expresión a su sonrisa.

Sus negros ojos, de rasgada forma,
Eran focos de amor, luces de vida,
Y el fuego de pasiones afectuosas
Asomaba al través de sus pupilas.

Bella era Celia, al parecer dichosa,
Porque todo en redor la sonreía,
Porque el mundo para otras tan ingrato
Sus codiciados bienes la prodiga.

Era en tanto infeliz, porque el tesoro
Que apetecen las almas afectivas,
El soplo engendrador que las fecunda,
El aliento vital que las anima;

Lo que las hace delirar de pena,
Lo que las hace palpitar de dicha,
Lo que despierta en ellas sin saberlo,
Deseos y esperanzas infinitas;

Lo que transforma en vasto paraíso
La mansión solitaria donde habitan,
O en palacio encantado donde se oye
Concierto de inefables armonías;

El amor y sus ansias y deleites,
Ella que tierno corazón abriga,
Que nació para amar y ser amada,
Sintiéndolo ideal, no conocía.

Y entretanto era esposa; a un hom-
[bre adusto
Con lazo indisoluble se ve unida,
Que entre el ara de Dios y el sacerdote
Pronunció el sí fatal con voz sumisa.

Mintió su labio o tímido no dijo,
Lo que su niño corazón sentía,
Por complacer de padres ignorantes
El capricho insensato o la codicia.

Prometió amor y fe en sus quince abri-
[les
A un hombre que no amaba, inadvertida,
Y cuando abrió los ojos más experta,
Ni sintió amor por él, ni simpatía.

Se halló sin porvenir y condenada
A arrastrar existencia aborrecida,
Mientras en torno suyo respiraba
Todo contento al parecer y dicha.

Y Celia era infeliz, porque no amaba,
Porque, sonriendo, a su pesar, mentía,
Porque sentir amor, manifestarlo,
Para su tierno pecho era la vida.

Y Celia algún consuelo solamente
Encontraba en la música expresiva
De su vihuela amada, cuyo hechizo
De sus horas el tedio adormecía.

Diestra pulsaba el instrumento amigo,
Cantaba al son de sus sonoras fibras
Las congojas de su alma solitaria,
Y en su música y canto embebecida,

Olvidaba el rigor de su destino,
Semejante aquella ave peregrina
Que cantando a los bosques silenciosos
Refiere su pesar y lo mitiga.

III.

Era una noche de verano bella,
Noche de arrobamiento y de delirio,
De esas que no se olvidan porque dejan
Rastro en el corazón intenso y vivo.
Callaba la ciudad que coquetea
Al mirarse en las aguas de su río,
Y el empíreo estrellado semejaba
De la tórrida zona el mar tranquilo.
Cuando en su vasto seno reverberan,
Deslumbrando la vista fugitivos
Mil destellos de luz; el aura leve
Dormía silenciosa en el retiro
De su aéreo palacio, y ni se oía
Del vagabundo coro de los silfos

El mágico rumor; Ramiro, entonces,
Absorto en las regiones de su espíritu,
Por solitaria calle caminaba,
Cuando hechicera voz de sus sentidos
Encadenó la acción; llegó a una reja,
Y al compás melodioso y expresivo
De sonora vihuela aquestos versos
Oyó cantar con pecho enternecido:

Acongojada mi alma
Día y noche delira;
El corazón suspira
Por ilusorio bien;
Más las horas fugaces
Pasan en raudo vuelo,
Sin que ningún consuelo
A mi congoja den.

Entre mis venas corre,
Quitándome el sosiego,
De comprimido fuego
El devorante ardor;
Pero una voz secreta
Me dice, infortunada,
Vivirás condenada
A eterno desamor.

Como muere la antorcha
Escasa de alimento,
Así morir me siento
En mi temprano albor;
Ningún soplo benigno
Da vigor a mi vida,
Pues vivo sumergida
En triste desamor.

Como fatuo destello
Que brilla y se evapora,
Se oscureció en su aurora
El astro de mi amor;
Se fué con él mi dicha,
Se fué con él mi calma,
Sólo ha quedado a mi alma
Perpetuo desamor.

El concierto de canto y melodía,
No humano, al parecer, sino divino,
Interrumpió preludio quejumbroso
Del frágil instrumento y un suspiro.
Quedó todo en silencio, y a su albergue
Congoja y turbación llevó Ramiro.

IV.

En un bizarro alazán,
Que libre, ufano y soberbio
Cuando joven en la Pampa (1)
Pació la grama y el trébol,
Salió una tarde Ramiro,
Solo con su pensamiento,
A recorrer las campiñas,
Cuyos jardines y huertos
En el florido verano
Brindan holganza a aquel pueblo,
Que en las famosas orillas
Del Plata tiene su asiento.
Llegó a una quinta (2) cansado,
Cuando ya mustio y sereno
El crepúsculo esparcía,
Sobre la tierra y el cielo,
Aquella luz misteriosa
Cuyos pálidos reflejos
Llevan al alma agitada

---

(1) Pampa.—Llanura desierta.

(2) Quinta.—Mansión de recreo no lejos de la ciudad, donde generalmente se cultivan árboles frutales y hortalizas.

Tristeza y recogimiento;
Y allí encontró reunido,
Como en un jardín ameno,
De la belleza porteña (1)
Lo más gracioso y perfecto.
Una de ellas, cuya frente
Sombreaban con misterio
El pudor y la congoja,
Entonce al son hechicero
De la guitarra cantaba
Tristes y amorosos versos.
La voz, la música, el canto,
Todo su ser conmovieron,
Y despertaron al punto
En su memoria recuerdos;—
Clavó el mirar ¡oh delicia!
Vió de la hermosura el cielo,
De las gracias el conjunto,
Y embelesado en silencio
Admiraba de su labio
Los peregrinos acentos,
La expresión indefinible

(1) Porteña.—Llaman así los provincianos a la mujer nacida en Buenos Aires, por estar esta ciudad situada a orillas del único puerto hábil de la República Argentina.

De su semblante, sus negros
Ojos, rutilando llamas
De amor como dos luceros;
Y entre sí mismo decía:
"Feliz del hombre que objeto
Sea de tu alma querido,
Del que cifre en tí su anhelo,
Del que beba tus caricias,
Y se recline en tu pecho."
Cesó el canto; Celia, entonces,
Unas y otras repitieron,
Y de Celia el dulce nombre
Volaba de extremo a extremo,
Del salón donde reinaba
Su hermosura y su talento.
A las manos de Ramiro
Vino la guitarra luego,
Y animado con la vista
De tantas hermosas, diestro
Pulsó las fibras sonoras,
Sus más íntimos secretos
La pidió, cual si entendiera
Ella el hablar de sus dedos.
Quedaron de su armonía
Los corazones suspensos,

Ni articulaban los labios
Ni suspiraban los pechos;
Y mientras las bellas todas,
En silencioso embeleso,
Permanecían, Ramiro
Preludiando en tonos nuevos,
Ora animados suspiros,
Ora misteriosos ecos,
Brotar hacía inspirado
Del melodioso instrumento.
Cesó al fin; todas a una
Su habilidad aplaudieron;
Sólo Celia, Celia sola
Con elocuente silencio,
Con un suspiro del alma,
Con un mirar placentero,
Colmó a Ramiro de gloria,
De amor y júbilo a un tiempo.
¿Quién al deleite se niega
De la música y el seno
Latir no siente de gozo,
Al oir esos acentos
Que penetra hasta el alma,
Aun por los poros, haciendo
Conmoción inexplicable

Temblar las fibras del cuerpo?
Y cuando entona ese canto,
Con voz que habla al sentimiento,
La bella en quien arraigado
Está todo el vivir nuestro,
El corazón se sublima
Con las alas del deseo,
A una esfera de ventura,
De indecible arrobamiento,
Y de delicias, que nunca
Las que no amaron sintieron.

V.

Celia dormía y soñaba.
Su esposo al lado despierto
Observaba con asombro
La agitación de su sueño;
Su alma flotaba dudosa,
Y ya la rabia y los celos
Hervir, palpitar hacían
Sus arterias y su pecho;
Ya creía, alucinado,
Que las caricias y besos,
Que dormida le prodiga,

Eran del cariño efecto.
Entre dientes murmuraba
Un nombre... "—¿Quién será, cielos?"
Decía él, y un sudor frío,
Y como chispas de electro
Por sus entrañas corrían;
Y ella con halagos nuevos
De su corazón calmaba
Los impetuosos recelos.

Celia decía:—"Huye, cese
Por piedad de tu instrumento
Esa hechicera armonía
Que en mi derrama un incendio...
No puedo amarte, mi esposo...
¿Lo veis, lo veis, con que ceño
Tan iracundo me mira
Porque yo amarle no puedo?
Mi corazón desdichado
Por siempre al amor ha muerto...
El himeneo me liga....
A otro hombre yo pertenezco...
¡Oh si yo pudiera amarte!
¡Qué dicha! el amor que siento,
Este amor que sofocado
Es de mi vida el infierno,

Tuyo sería; sería...
Tuyo cuanto yo poseo...
¿Con qué gusto y qué delicia
Te estrecharía en mi seno?...
Mis halagos, mis caricias,
Mi vida... ven que me muero...
Escucha... mi esposo, el lazo
Sacrosanto de himeneo,
El deber, la virtud, mira!...
Son obstáculos eternos
Que entre yo y tú se interponen...
¡Dios mío!... ven que me muero!"

Al oir estas palabras,
Delirios de amor intenso,
Interrumpidas a veces
De suspiros y silencio,
Que revelaban de su alma
Los más íntimos secretos,
Dejó la cama su esposo
La sangre en furor hirviendo,
Y echando mano a un puñal,
De su venganza instrumento,
Sin decir una palabra,
Los ojos chispeando fuego,
A herirla va.—De la luna

Penetrando los reflejos,
Por la ventana, bañaban
De Celia el rostro hechicero.
Entonce, y cual si pudiera
Manifestar sentimiento,
De su querida guitarra
Se troncharon y rompieron
Las cuerdas todas repente,
Con son horrible gimiendo:—
Trémula, inmoble, al ruido
Soltó su mano el acero:
Desarmólo la hermosura
O quizá el remordimiento.
¿Cómo no apiadarse al ver
Tanta belleza? ¿Aquel seno
Todo hechizos inefables?
¿Aquéllos labios risueños
Donde poco antes los suyos
Enajenados bebieron
Gloria indecible, torrentes
De dulcedumbre y contento?
¿Aquel ángel que fascina
Como serpiente aun durmiendo?
Dudó tal vez; mas miróla
Con tan espantoso ceño,

Con tan iracundos ojos
Que si a los suyos abiertos
Hallarán, hubiera sido
Aquel su dormir eterno.
Y con un mar de pasiones
En el corazón soberbio
Salió de allí, como el que huye
De algún pavoroso espectro,
Que su espíritu conturba,
"—Pérfida Celia, diciendo;
Mujer pérfida, no esposa,
Yo descubriré el misterio
De tus amores... entonces!
Tiembla, como tigre fiero
Despedazaré tu vida...
Me gozaré en tu tormento...
Yo me hartaré con la sangre
De ese rival que detesto,
Después que este puñal mío,
Vengativo y justiciero,
Ese tu adúltero amor
Vivo te arranque del pecho."

VI.

Celia en vela y llorando vió la aurora.
Hermosa estaba;—palidez sombría,
Abatimiento, agitación interna
En su faz melancólica se pintan,
Las intensas pasiones así al rostro
Con señal indeleble estigmatizan,
Dejando en la conciencia lacerada
Rastro que no se borra, llaga viva,
Gusano roedor que nunca muere,
Noche llena de ensueños y tristísima.
No habiendo amado nunca, el fuego todo
De su robusta edad, virgen ardía
Allá en su corazón secretamente,
Y se cebaba en él, y por sus fibras
Insufribles ardores derramaba:
Hasta que a impulso de pasión activa,
Como impetuosa lava reventando,
Devorase la trama de su vida;
Hasta que otra alma ardiente y amorosa,
Otra alma solitaria y peregrina
Por misterioso acaso penetrase
Los secretos de su alma enardecida.
Hallóla al fin cuando el destino quiso,

O su fatal estrella, y a sí misma
Se dijo alborozada: "Hélo, ¡Dios mío!
El que yo ví en mis sueños noche y día,
El que a mi amor tus juicios destinaron
Y me robó por siempre la desdicha;
Hélo el hombre que adoro" y desde en-
[tonces
Quedó clavada en él su fantasía.
Halló aquel corazón cuyos latidos
A los del suyo tierno respondían,
Aquel que para amar necesitamos
Y sentir las dulzuras infinitas
Que no es dado expresar a humana lengua,
Y que al mortal los ángeles envidian.
Hallólo pero tarde, cuando a otro hombre
Indisoluble vínculo la liga.
Cuando la ley de Dios y de la patria
Perjura, infiel a su conciencia gritan,
Cuando amar era un crimen; y esta idea,
Ante la cual su espíritu se abisma,
Pone en lucha tremenda sus afectos;
Porque en él sin cesar, estaba unida,
Con la inefable imagen de sus sueños,
Y despierta o durmiendo ver la hacía
El infierno con todos sus martirios,
El edén del amor con sus delicias.

VII.

Un hombre el campo corría,
Corría a la madrugada,
En un caballo tostado,
De la agitación de su alma
Viva imagen; una furia
Lleva asida en las entrañas,
Y en el corazón soberbio
Una víbora enroscada.
El huye, él huye furioso
Y la espuela al bruto clava,
Que las crines sacudiendo,
Y echando espuma encarnada,
Bebe el anchuroso espacio,
Abre ufano nariz ancha,—
Corre, corre, vuela, vuela,
Se azora y la oreja para,
Siente en el ijar las púas,
Bufa, se encoge y se lanza,
Caracoleando, y de un salto
Zanjas y barrancos salva.
El correr dobla sus bríos,
El aguijón le pone alas.
¿Dónde van bruto y jinete?

¿Dónde con presura tanta?—
El uno a su amo obedece,
El otro lleva en las ancas
Un demonio que le acosa,
Un demonio que le amaga
Y le grita: "Hiere, hiere,
Tu honor, insensato, lava."
El huye, él huye turbado,
Ni echa en torno una mirada,
Y en el aire enrojecido
Sólo vé sombras que vagan.
Sangre le pide su honor,
Sangre pide su venganza,
Sangre balbucen sus labios;
Sangre su soberbia ajada.
¿Quién es?—de Celia el esposo.
¿De quién huye?—de su rabia,
De los vengativos celos
Que en su pecho se levantan.
Pero en vano, ellos le siguen,
El espíritu le asaltan
Y le gritan al oido:
"Muerte a la perjura que ama".
Corre, infeliz, no te pares,
Vasto es el campo; erizada

Tu carrera está de abismos
Y de aguijones tu almohada;
No hay sueño, no, para tí,
No descanso para tu alma;
Que las manchas del honor
Ni aún con la sangre se lavan.
Sudando y lleno de polvo
Vuelve el esposo a su casa.
En los ijares del bruto,
Brota sangre colorada,
Y el corazón de su dueño
Arde como viva brasa.
Y por corredor sombrío
Ciego penetra a la estancia
De Celia, a tiempo que triste
Su instrumento ella templaba,
Su vihuela que era su ángel.—
Ambos se miran y callan;—
Ella tiembla y palidece
Como si viera el fantasma
De la muerte aparecerse
Trayéndola una mortaja.
"Celia ¡qué pálida estás!
¿Has pasado noche mala?
Tus ojos, Celia, han llorado
¿Podré yo saber la causa?"

"—Tu semblante, esposo mío,
Algo siniestro presagia...
Si he llorado fué por tí...
Oye una canción que espanta
Los tristes presentimientos
Y las congojas aciagas.—"

Ven a mis brazos,
Esposo mío.
¿Por qué ese ceño
Triste y sombrío
Que da pavor?
Ven y descansa
De la fatiga,
De los cuidados;
Yo soy tu amiga,
Yo soy tu amor.

¡Mira! mis ojos
Por tí han llorado,
Toda la noche
Se han desvelado
También por tí.
¿Por qué dejarme,
Esposo mío,
Si a tus enojos,

Ni a tu desvío
Causa no dí?

"Basta, basta, Celia mía;
En tu voz y tus palabras
Hay un talismán oculto,
Hay una hechicera magia;
Y en los melífluos sonidos
De tu querida guitarra
No sé qué, que de mi sangre
La fiebre ardorosa calma;—
Gracias te doy, mi Sirena,
A tu vihuela doy gracias,
Ella merece tu amor...
Me voy a dormir, descansa."

VIII.

Coronado de espléndida diadema
El luminar del día se ocultaba
En mar de resplandores, y la tierra
Al quedar en tinieblas solitaria,
Absorta y congojosa parecía.
Ausente a la sazón de su morada
El esposo de Celia, y perseguido,
Acosado tal vez por el fantasma

Terrible de su honor, entre el bullicio
Olvidar sus ofensas procuraba;
Mientras Ramiro a la inocente Celia
De su pasión funesta y temeraria
Declaraba el misterio con acentos
Tan llenos de ternura y de eficacia,
Que a la misma virtud conmoverían.
Celia fuera de sí, muda, agitada
Por contrarios afectos, ni podía
Repeler aquel hombre que idolatra,
Ni su amor revelarle; mas sus ojos
El secreto de su alma traicionaban.
Pero al fin le responde: "Huye, Ramiro,
Y respeta la paz de mi morada;
Ten piedad de mi estado; soy esposa,
El deber, el honor, una muralla,
Un abismo insondable han interpuesto
Entre mi amor y el tuyo, y la venganza...
La justicia de Dios nos está viendo...
Huye, Ramiro, y mi inocencia salva."
"—Celia divina; el corazón me parte
Ese fiero rigor que a la constancia
De pasión indomable e infinita
Opone tu virtud; déjame, ingrata,
De amor hablarte por la vez postrera,

Déjame aquesta dicha soberana
De pensar en tu amor, ¿por qué tus ojos
Ante los míos puso la desgracia?
¿Por qué tu canto oyera y la armonía
De aquella tu dulcísima guitarra?
¿Por qué no fuí insensible a tus encantos?
Oyelo y lo sabrás:—cuando dos almas
Nacieron para amarse, ellas se buscan,
Y hasta encontrarse sin destino vagan;
Pero ¡ah de ellas si tarde! porque entonces
En vez de glorias infortunios hallan,
En vez del Cielo, Infierno; así, la mía
Buscó la tuya, hasta que en hora infausta
La encontró al fin; no quieras la maldiga,
No me quites, oh Celia, la esperanza,
No me quites tu amor, porque es mi vida;
¿Negaría tu mano un poco de agua
Al mísero sediento, y tú me niegas
El inocente don de una palabra?
Pronuncie amor tu labio una vez sola,
O muera yo de amor, pues, inhumana,
Te gozas en mi mal:"—así Ramiro
Decía a Celia, y la elocuencia rara
De la pasión brotaba por su rostro.
¡Lenguaje misterioso que las almas

Comprenden en silencio! Y como absorto,
Colgado de su boca y sus miradas
Permanecía mudo. Ella más tierna
Y con lánguidos ojos contemplaba,
Como engolfada en piélago de afectos,
Aquel hombre rendido allí a sus plantas,
Que era el Dios de su amor, a quien perjuro
Su débil corazón incienso daba,
Aquel amable seductor que tierno
Besa y estrecha sus ardientes palmas,
Aquel ángel benigno que le ofrece
El tesoro de amor que ella buscaba,
Y la pide tan solo en recompensa
De esperanza y consuelo una palabra:
Y rendido a un hechizo misterioso,
Que sus potencias débiles enlaza,
Sentía desmayar su fortaleza,
De su esposo y sí misma se olvidaba,
Y su entreabierto labio parecía
Querer articular una palabra,
Palabra celestial que apenas osa
Pronunciar el pudor cuando más ama.
Pero a la puerta asoma de repente
El esposo ofendido que velaba;
Ojos de fuego vibra aterradores

Sobre aquellos incautos, y se lanza
Como el tigre feroz sobre la presa
Con puñal que en su diestra arroja llamas,
A traspasar a Celia;—mas Ramiro
Al ver la arma siniestra se levanta
Lleno de indignación; el fiero golpe
Detiene con su brazo y lo desarma;
Y al punto Celia cae, con ¡ay! profundo
Con ¡ay! del corazón que a entrambos
[pasma.
Y entonce ¡oh Dios! cual si armonía oculta
Existiera entre Celia y su guitarra,
Reventaron las fibras con violencia,
Y fúnebre suspiro, queja infausta
A par de ella exhalaron. ¿Se heló acaso
El afectuoso pecho que arrancaba
A su forma insensible acentos vivos,
Y de su dulce voz cesó la magia,
Cesó con la de Celia? Así es la vida,
Delicado instrumento que derrama
Torrentes de armonía, ecos sublimes
Al soplo de pasiones inflamadas;
Mas si ellas no lo animan, enmudece,
O exhalando un suspiro se quebranta.

SEGUNDA PARTE

I.

Hay a más del externo que los sentidos
[palpan
Un mundo misterioso sin forma ni color,
Mundo que presentimos y que sin duda
[existe
Porque nos cerca y mueve su infatigable
[acción.

Un mundo de armonías, de fuerzas que di-
[funden,
Fluyendo de la vida, la actividad doquier,
De ocultas simpatías, magnéticas influen-
[cias
Que obran bajo el imperio de inescrutable
[ley.

Cadena imperceptible que el ser al no ser
[liga,
La materia al espíritu y la natura al "yo".
Y uniendo de las almas los íntimos afectos,
En relación nos pone con lo animado y Dios

———

Eléctrica sustancia que al universo abarca,
Emanación divina, espíritu sutil;—
Misterios son de un mundo que el ojo no
[percibe,
Y la razón en vano pretende concebir.

———

La voz de la conciencia a veces nos lo
[anuncia,
A veces lo adivina profeta el corazón,
A veces el poeta columbra sus prodigios,
Les da visible forma su soplo engendrador.

———

¿Por qué al mirar la luna, surcando ma-
[jestuosa
En carro de zafiros el firmamento azul,
Cuando el aura embalsama el lecho donde
[el Plata
Dormita bajo palio de transparente luz,

Estáticos probamos deleite indefinible,
Gozamos de la calma que reina en derredor
Los ecos escuchamos de música inefable,
Vivimos de la vida que anima la creación?

Mil lenguas ella tiene, mil voces que nos
[hablan
Vagamente de gloria, felicidad y amor;
Su vida es armonía, y cada eco que exhala
Despierta en nuestras almas sonora vibra-
[ción.

¿Por qué cuando se goza nuestro ánimo
[tranquilo
Fatal presentimiento lo viene a atribular,
Y el gemido lejano del corazón que amamos
Llega a turbar del nuestro la solitaria paz?

¿Por qué al ver la hermosura en rostro de
[quince años,
La sonrisa inefable del virginal pudor,
Purificada el alma sentimos como si ella
Emanaciones puras transpirase de Dios?

¿Por qué nos arrebata la inspiración del
[genio,
Un acto de heroísmo, de amor o de virtud,
Y la belleza tiene tan poderosa magia
Que a la vejez helada palpitar hace aún?

La vida es la armonía; nuestra alma un
[instrumento
Que vibra unisonante con la obra del Crea-
[dor;
Pero se rompe frágil y disonantes ecos
Exhala destemplada su solitaria voz.

Del instrumento entonces las fibras enmu-
[decen,
O al aire dan en vano su lánguido gemir;
La vida es como antorcha que en medio
[de un sepulcro
Sin pábulo arde mústia para extinguirse
[al fin.

Celia es esa antorcha que arde
En solitario sepulcro,
Ese instrumento que exhala

Sólo acentos gemebundos.
No ha muerto porque palpita,
Inarmónico y convulso,
El corazón que la diera
Dios para tormento suyo;
Pero ha muerto para sí,
Para los otros y el mundo;—
Ha muerto para sus ansias,
Para sus deleites puros,
Para sus vanas quimeras
Y sus desengaños crudos.
Si vive aún, es su vida
Bajel náufrago sin rumbo,
Que vaga a merced del viento
Por el piélago profundo.
Si vive aún, es su vida
Como la de esos arbustos,
De hoja mustia y verdi-negra,
Que no dan ni flor ni fruto,
Porque su seca raíz
No encuentra en la tierra jugo.
Si vive aún, es su vida
Sueño febril y confuso
Con paroxismos de calma,
Letargo de un moribundo;

Luz que agoniza y se aviva
De aura fugaz al impulso.
Su labio, donde sonrisa
Fascinadora Dios puso,
Y melodías tan tiernas,
Hoy inexpresivo, mudo,
Lívido está; y del silencio
Parece el marmóreo busto.
Si articula, son palabras
Vagas sin sentido alguno
Que nadie entiende, algún nombre
Desconocido y oscuro;
O si tal vez en su mente
Pensamientos inoportunos
Brotan, pasan y revuelven,
Y allí luchan en tumulto,
Como las olas del Plata
Cuando se agita iracundo,
Nadie lo sabe;— si ve
En sus delirios nocturnos,
Negras horribles visiones,
Hondos abismos desnudos,
Nadie lo sabe, porque ella
Nunca lo dijo a ninguno.
Nadie sabe las tormentas,

Los devaneos confusos,
Las congojas y pasiones,
Ni los martirios agudos
Que aquella alma de mujer
Desgarrarán uno a uno.

Pero los que la rodean
Dan respeto a su infortunio;
Porque en los pechos humanos
La compasión es un culto;
Y sólo ven que su rostro
Está blanquecino y mustio
Como el lirio que arrancaron
Frívolas manos por gusto;
Que desgreñados ahora
Flotan sus cabellos rubios
Por su nevada mejilla,
Espalda y hombros ebúrneos:
Que ya no hay galas para ella,
Vestidos, joyas de lujo,
Tocador ni pasatiempos,
Risas ni saraos del mundo.
Y que aquel airoso cuerpo,
Cabizbajo y taciturno,
De albo ropaje vestido,
Lleva alto e inseguro

Doquier el pie; y ora absorta
Clava la vista en un punto,
Y allí está como atraída
Por algún prestigio oculto;
Ora al cielo la levanta,
Remueve el cuello desnudo,
Y otra vez el lento paso
Mueve sin designio alguno.
Sólo notan en sus ojos,
Antes tan bellos y puros,
Como chispas que relumbran
Mirar fijo y vagabundo:
Y que de ellos brota a veces
Como por violento impulso,
Una gota transparente
De lava del pecho suyo,—
Lágrima que en su mejilla
Deja al caer vivo surco.
Sólo saben que su nombre
Anda en la boca del vulgo,
Y que lenguas femeniles,
Dardos que hieren ocultos,
Cuentan que el esposo airado
La ha condenado a repudio.
Sólo ven que la señala
Como criminal al mundo.

¡Pobre Celia! ¡la deshonra
A más de horrible infortunio!
¡Pobre Celia! haber sufrido
El destino que te cupo
Con resignación virtuosa,
Consagrado el amor tuyo
Y tu juvenil belleza
A un esposo, al hombre adusto,
Que para tí no creara
Sin duda Dios; y en tributo
Hoy desdicha y deshonor
Sobre tí descarga el mundo;
Sin piedad aniquilando
Tu porvenir en su orgullo.

Y sin embargo ese crimen
No fué tal vez crimen suyo.
Su alma pura e inocente
Firme en su fe se mantuvo.
Quizá allá su fantasía
Ardientes deliquios tuvo;
Tuvo sueños insensatos
Y pensamientos impuros;
Quizá allá su corazón,
Virgen y tierno, no supo
Amurallarse a la lengua

Del seductor importuno;
Quizá amó; pero el secreto,
Para mal e infierno suyo,
En sus entrañas ardientes
Lo enterró como en sepulcro.

Y ese crimen de conciencia,
Que juez implacable y justo
Lleva en sí mismo el culpable,
Necio lo castiga el mundo.

II.

Ramiro es infeliz; en sus entrañas
Raíces ha echado la pasión vivaz.
La pasión insensata que debía
Rastro indeleble en su ánimo dejar:—
Ella le roe y le consume el pecho,
Atiza en él abrasador volcán,
Le hace olvidar deberes sacrosantos,
Absorbe su vivir y actividad.
Si antes tranquilo y delicioso sueño
Encontraba y placer en el hogar,
Hoy su lecho es un potro de tormento,
Su albergue un calabozo sepulcral.
Si antes la risa de su amable labio

Era para las bellas talismán,
Y en tertulias, festines y paseos
Sabía voluntades conquistar,
Hoy solitario, taciturno y triste
Asombro inspira, o compasión no más.
Si ayer noble ambición, sueños de gloria
Alimentó su pensamiento audaz,
Hoy la ciencia y los libros menosprecia
Que refrigerio a su pasión no dan.
Si oyendo las aéreas armonías,
Cuando la luna derramando va
Su luz benigna en la dormida tierra,
Idealizaba el bien y la verdad;
Hoy la vasta creación para él no tiene
Sino ecos de presagio funeral,
Que el mundo suyo es la mujer que adora
Yde ese Edén no gozará jamás.
Pero ansioso la busca y no la encuentra,
Desde aquel día a entrambos tan fatal;
Pregunta en vano y nadie satisface
Su devorante amor y su ansiedad.
Doquier en tanto ante los ojos suyos
Hermosa, viva, encantadora está,
Doquier a Celia ve, y sobre su pecho
La hoja brillar de matador puñal:—

Hierve entonces su sangre, y la venganza
Se levanta en su pecho colosal,
"Muerte, grita, primero al asesino,
Yo soy de Celia el ángel tutelar.
Era su esposo, sí, y deleite torpe
Beber pudo en su labio virginal;
Pero por él no palpitó su pecho,
Ni su alma pura poseyó jamás.—
Ella es mía, lo sé. ¿Quién a mi anhelo,
Quién oponerse a mi pasión podrá?
Yo la quiero, ella me ama, muera el necio
Que nuestro amor pretenda separar."

Y contra un imposible va a estrellarse
Este impulso de su alma criminal,
Como se estrellan en erguida roca
Gigantes olas de bravío mar.
Y frenético va, viene, se agita,
Corre las calles de la gran ciudad,
Monta a caballo, e impresiones nuevas
Frenético doquier buscando va.

Pero en vano procura el insensato
La fiebre de su espíritu calmar,
Envolverlo en el vértigo y fatiga
Del movimiento activo corporal,

Si doquier, á toda hora, cada día
Hierve en sus venas la pasión voraz,
Y su querer gigante va a estrellarse
Como en la roca el tempestuoso mar.

Y así de pasiones lleno
De deseos temerarios,
Para aturdirse un momento,
Monta una tarde a caballo.
Era una tarde de aquellas
Deliciosas de verano,
Cuando el viento de la Pampa
Templa del calor los rayos;
Y a las orillas del Plata
Trae las aromas del campo;—
Cuando el aire es tan vital
Tan transparente y liviano
Que expansión indefinida
Parece quiere elevarnos,
Y deseos infinitos
Brotan en la mente y vagos:—
Cuando la vida rebosa,
Hierve en todo lo animado,
Y fermentan las pasiones
En el corazón lozano.
Y en esa tarde Ramiro,

En un tordillo bizarro,
Por la calle de Barracas (1)
Cruzaba a galope largo,
Envuelto en nube de polvo
Que levantaban los cascos
Del animal que fogoso,
Impaciente como el amo,
Anchas narices abría
Para sorberse el espacio.
Grupos varios de jinetes,
Damas a pie o cabalgando,
Arboledas, caseríos,
Todo atrás iba dejando
Ramiro, sin que un momento
Nada pudiera distraerlo;
Porque en su mente hormiguea
Informe, pero animado,
Un mundo.—Lleva el sombrero
Sobre la vista inclinado,
Porque lastima la luz
Su ardiente pupila acaso,
O porque ella de la noche

(1) Barracas.—Nombre de una vasta calle de paseo poblada de hermosas quintas, que conduce al riachuelo del mismo nombre, en cuya orilla hay desde tiempo inmemorial grandes almacenes para depósito de cueros, llamados en el país Barracas.

De su espíritu es sarcasmo;
Pistoleras al arzón,
Frac azul, pantalón blanco
Lleva, y espuelas que dán
Gigante brío al caballo.
Pronto el puente de Barracas
Atravesó galopando;
Prendió al bruto las espuelas
Y tomó por suyo el campo.
Nada detiene la furia
De su correr, ni pantanos
Ni barrancas, ni bajíos;
Nada a su ardor pone espanto,
Que ciego va y al destino
Desafía temerario
Quien para luchar con él
Tiene voluntad de mármol.
Y así que sintió en los bríos
Del noble bruto desmayo,
Llegó a una quinta cercana,
Sin designio meditado,
Cuando el sol plácidamente
Se escondía en el ocaso.

Ató al palenque (1) la brida
Del animal trasijado,
Y subió por escalones
Hasta el caserío vasto.
De alto cuerpo y bella vista,
Sobre un terraplén fundado,
Donde a la sazón no había,
Al parecer, sino criados.
Al pisar allí, un recuerdo
Atravesó como dardo
Por su mente; aquella quinta
Era, aquel sitio encantado
Donde por primera vez
Vió de Celia los encantos,
Donde la dicha perdió
De sus juveniles años.
Bajó el terraplén de nuevo,
Y hacia un bosque de duraznos,
No muy distante de allí,
Se encaminó a lento paso;
Luego entró a una angosta calle
De álamos copudos y altos,

(1) Palenque.—Pequeña estacada de gruesos maderos trabados horizontalmente, en la cual se ata la soga o la brida del caballo. Los hay generalmente a la entrada de toda casa de campo.

En cuyo extremo flameaban
Del sol los últimos rayos.
De hojas secas y de flores
El suelo estaba regado,
Y mezclando su fragancia
Las mosquetas y los nardos,
Y las rosas se mecían
En sus ramas y sus tallos.
Pensativo se detiene,
O camina a lento paso,
Que el aroma de las flores
Le tiene como embriagado.
Aquí o allí después nota
En el tronco de los álamos
Cifras de amor que amadores,
Felices tal vez grabaron,
Y algunas borradas ya
Por haber crecido el árbol.
"Frágiles memorias son
Que al pasar necios dejamos,
Creyendo vivirán más
Que nuestros amores vanos."
Dijo para sí y camina
Pensativo y agitado
Hasta llegar al extremo
De la calle, por do manso

El Riachuelo (1) se desliza
Del gran Plata tributario,
Sombrean su fresca orilla
Viejos sauces agobiados,
Jóvenes retoños suyos,
Acacias, higueras y álamos...

. . . .

. . . .

Allí en la grama se sienta,
Y sobre el codo apoyado
Vé delante que, al pasar
Las aguas remolineando
Pliegues y círculos forman
En la honda olla de un remanso:
Y que hojas, ramas y peces,
Cadavéricos y blancos,
Envuelve allí el remolino,
Se hunden y salen flotando,
Para volverse a perder
En el remolino manso,—
—"Así son mis esperanzas,
Mis deseos insensatos,

(1) Riachuelo.—En español es nombre genérico de todo pequeño río; en Buenos Aires apelativo de la única corriente que por las cercanías de esta ciudad desagua en el Plata. También le llaman riachuelo o río de Barracas.

Y las pasiones que bullen
En mi pecho temerario—
Hervidero de agua viva
Que hondo abismo va tragando..."
Pensó Ramiro. Del sol,
En el horizonte claro,
Brillaba aún transparente
La diadema de topacios,
Y el crepúsculo en la tierra
Iba lento derramando
Aquella luz misteriosa,
Aquellos tintes opacos
Que a los objetos imprimen
Contorno indeciso y vago.
Las auras quietas dormían
En sus aéreos palacios,
Todo era calma y silencio,
Todo misterio aquel cuadro;
Todo armonía y reposo
En aquel sitio encantado,
Do sólo a veces se oía
Del agua el murmullo blando,
De la tórtola el arullo
O el gemido solitario...

III.

Ramiro entonces sintió
Bajar refrigerio a su alma,
Participó de la calma
Que reinaba en derredor;
Y por la primera vez
Miró serena su mente
Su desventura presente,
Lo insensato de su amor.

"Manso río! quién dichoso
De tu fortuna gozara!
¡Del animado reposo,
De tu amena soledad!
¡Quién viera correr su vida
Como la tuya serena,
Por una margen florida,
Libre de la tempestad!"

"Yo también feliz vivía
Cuando Dios quiso, y creaba
Mi risueña fantasía
Sueños de felicidad:
Yo también gozaba ayer

De esa tu calma que envidio,
Porque hoy con la furia lidio
De gigante tempestad."

"Sin duda Dios, en malhora,
Me dió indómitas pasiones,
O de locas ambiciones
Germen fatal puso en mí;
Porque hoy abriga un infierno
Mi cabeza, donde lucha
Lo mundanal y lo eterno
Con ardiente frenesí."

"¿Por qué la ví? ¿Por qué al verla
Nació en mí un incendio al punto?
¿Por qué ví en ella un conjunto
De perfección ideal?
¿Por qué funesto destino
La puso ante mí tan bella,
Para que incauto por ella
Sintiese amor criminal?"

"Criminal sí, lo confieso,
Lo conozco, pero tarde;
Por que ¿quién la lava que arde
Puede apagar del volcán?

¿Quién desarraigar del pecho
Esta pasión que me absorbe,
Y de ella solo en el orbe
Hace centro de mi afán?"

"Harto pago mi delito,
Si fué delito el quererla,
Si ciego ignoraba al verla
Fuese de otro la mujer;
Harto lo pago si doy
El reposo de mi vida
A una esperanza mentida
A un amor que no ha de ser."

"¡Oh naturaleza bella!
Yo comprenderte sabía
Cuando entre tu alma y la mía
Vivo concierto existió;
Pero hoy instrumento mudo
Eres para mí, y no puedo,
Cuando de mí mismo dudo,
Concebir tu vida yo!"

"Centro creador de armonía,
En el gran todo, y señor
El hombre me parecía

De este sublime jardín;
Pero hoy enigma sin nombre
Me parece el universo,
Donde en tinieblas el hombre
Marcha ignorando su fin."

"Así yo incierto divago,
Sin una luz que me guíe,
En pos de algo que sonríe
A mi ardiente corazón;
Y cuando sondo en mí mismo
Horrorizado y diluso,
Sólo descubro un abismo
De muerte y tribulación."

Estos y otros pensamientos,
Como recuerdos amargos,
Por la mente de Ramiro
Rápidamente pasaron...
Era la noche; adiós, dijo,
Adiós al riachuelo manso,
Y se fué hasta el caserío
Pensativo y cabizbajo.

IV.

Serena estaba la noche,
El firmamento estrellado,
Y aromas puros traía
Fresca la brisa del campo.
Ramiro en el corredor
Del caserío, sentado
En un gran sillón vetusto
De gusto anterior a Mayo; (1)
Puesta la mano en su frente,
Su codo firme en el brazo,
Cavilaba, revolvía
En su espíritu agitado
Quizá planes de venganza,
Pensamientos temerarios.
Doquier su pasión hallaba
Invencible algún obstáculo,
Y crecía como crece
Torrente que no halla paso,

(1) De gusto anterior a Mayo.
En Mayo de 1810 se inauguró en el Plata la revolución de la Independencia. Antes de esa época muebles, trajes, modas, todo era de gusto severamente español; después de ella, el comercio libre trajo al país objetos labrados al gusto de otros pueblos europeos, y el gusto del país en materia de cosas de ornato y comodidad se fué modificando y mejorando sucesivamente.

Y rebosa y se desploma
Todo en su furia arrasando.
Y veía desde allí,
Alzando la vista a ratos,
Brillar luces vagabundas
O eclipsarse en el espacio;
Y oía el ronco chillido
De los grillos y los sapos,
El graznido repentino
De los vigilantes gansos,
El balar de alguna oveja
O el relincho de un caballo,
Cuyos disonantes ecos
Confundidos y mezclados,
Una música formaban
Capaz de poner espanto
Al hombre menos dispuesto
A sueños de visionario.
Y en esto que allí Ramiro
Proseguía cavilando,
Una criada de la casa
De pelo y rostro africano,
Que cariño le tenía,
Vino y le dijo despacio:

"Mi amito ¿qué, no se acuesta?"
—No, todavía es temprano.—
"Temprano, y las once ya
En el Cabildo sonaron!" (1)
—¿Se han oído?—
"Sí, señor,
El Norte está ahora soplando."
—Sí serán, pero yo estoy
Esta noche desvelado.—
"Mi amito, ¿ha visto la luz? (2)
—¿Qué luz?—
"La que anda vagando
Allí en el potrero viejo (3)

---

(1) ¡Temprano, y las once ya
En el cabildo sonaron!

En la torre del edificio donde en otro tiempo se congregaba la municipalidad o cabildo de Buenos Aires está el reloj de la ciudad, cuya campana cuando sopla el viento del Norte se oye a más de legua hacia el Sud. El viento Norte en el río de la Plata produce congestiones cerebrales y predispone el ánimo a los ensueños y fantásticas visiones.

(2) Mi amito, ¿ha visto la luz?

Amito.—Expresión de cariño y respeto con que denominaban los criados de color a los hijos de sus amos y en general a toda persona joven que no es de su clase.

Luz.—Nombre que dan en el Plata a las exhalaciones fosfóricas o fuegos fátuos. La gente vulgar y preocupada se imaginan que son ánimas en pena de personas asesinadas o muertas sin confesión.

(3) Allí en el potrero viejo

Potrero.—Extensión de campo zanjeada para encierro y pastoreo de caballos; cuando se destina a siembras o

En las noches de verano."
—¿Qué luz es esa?—
"Es el alma
De un hombre que allí mataron."
—Vete, tonta, esos son cuentos
Que forjó algún visionario.—
"No, mi amito, es realidad.
El marido era hombre malo
Y allí dió de puñaladas,
Un día que andaba arando,
Por celos de la mujer,
Al peón quintero del amo; (1)
Y desde entonces allí anda
La ánima suya penando;
A las once se aparece,
Y ya las once sonaron;
Por eso a esta hora ninguno
Se atreve a andar por los álamos, (2)
Ni a mirar;—yo voy ahora
A rezarle mi rosario."

---

se abandona se llama potrero viejo. Son lugares adonde naturalmente abundan luces o fuegos fatuos.

(1) Al peón quintero del amo

Peón quintero.—Jornalero que trabaja en la labranza de la quinta. Amo.—El dueño y señor de casa y servidumbre.

(2) Por eso a esta hora ninguno
Se atreve a andar por los álamos

La calle de álamos por donde Ramiro se paseó esa

Dijo y se fué, y en la silla
Quedó Ramiro abismado;
Que aquellas palabras eran
De su conciencia presagio,
Recuerdo horrible para él
De cosas que le pasaron.
Y en el cuento de la tía (1)
Siguió Ramiro cismando,
Y continuaba el chíllido
De los grillos y los sapos,
Y las (2) linternas brillantes
En la oscuridad vagando.
La luz, ardiendo en la sala,
Vertía trémulos rayos
En el corredor oscuro,
Triste, silencioso y largo,
Donde Ramiro tan sólo
Cavilaba desvelado.
Entró a ella, y una vihuela

tarde pasaba contigua al potrero viejo, lugar donde aparecía la luz: por cuyo motivo ningún morador de la quinta se atrevía de noche a cruzarla ni mirar hacia ese rumbo.

(1) Y en el cuento de la tía
Tía.—Lo mismo que negra vieja.

(2) Y las linternas brillantes
Linternas.—Insectos fosfóricos de luz intermitente y alígeros que abundan en las noches serenas de verano. Son las luciérnagas de España.

Tomó allí de sobre el piano,
Volvió a su asiento y después
De preludiar un buen rato,
Cantó aquella melodía,
Tierna y de eficaz halago,
Que llorar hace a las bellas,
Y en el alma deja rastro:
—El desamor, o el gemido
De un corazón solitario—
Y se quedó pensativo,
Con la guitarra en la mano.

Oyó entonces un ruido
Aproximarse liviano;
Miró y vió ¡horrible visión!
Al resplandor de los rayos
Que salían de la sala,
Acercarse un bulto blanco
De esbelto y airoso talle;
El cabello desgreñado
Y en trenzas por las mejillas
Y por los hombros ondeando.

Y Ramiro en el sillón
Se quedó petrificado.

Y el bulto llegó pasito,
Y se paró allí a mirarlo
Cara a cara, sonriendo;
Y en su bello rostro blanco
Sus ojos fascinadores
Brillaban como dos lampos,
Que en los de Ramiro fijos
Poder ejercían mágico.

Y Ramiro en el sillón
Lo vía petrificado.

Y aquel bulto de mujer
Alzó su nevada mano;
Un dedo lleno de anillos
Puso en su marchito labio,
Y le dijo: "¡Calla! ¡Calla!
¡Mira! Me han traído al campo,
Porque en él crecen las flores
Y las flores se han secado."

Y Ramiro en el sillón
La oía petrificado.

—"Oye, la lechuza chilla,
Su grito es de mal presagio...

Dicen que ayer los amigos
Al cementerio llevaron
Su cadáver; pero su alma
Anda por aquí penando;
Porque hermana es de la mía:
Su voz me llama y su canto.—"

Y Ramiro en el sillón
Lo oía petrificado.

—"Rézale alguna oración;
Los muertos no son ingratos;
Los muertos tienen memoria,
Los vivos olvido y llanto.

Yo me voy a recoger
Flores para él por el campo."

Y aquel bulto de mujer
Todo vestido de blanco
Se perdió en la lobreguez
Del corredor solitario.

Y Ramiro en el sillón
Quedó inmoble y desmayado.

V.

Si lo que vió Ramiro aquella noche
Fué febril y fantástica visión,
Si fué la vana sombra o la apariencia,
De la bella mujer que idolatró;
Si vió su rostro vivo y su mirada
Y oyó de Celia la hechicera voz,
Sin duda lo sabrán los corazones
Que penetran misterios del amor.
Pero jamás de la memoria suya
El recuerdo terrible se borró
De aquella noche borrascosa y triste
De aquella vaga y funeral visión.

TERCERA PARTE

I.

La vida del esposo es un misterio
Desde que a Celia sorprendió y Ramiro;
Nadie en las calles divisó su rostro,
Ni tampoco le vieron sus amigos.

Su casa antes alegre y concurrida,
De la abundancia y de la paz asilo,
Que hacían más risueño y agradable
De una bella mujer los atractivos,

Hoy solitaria está, siervos y criados,
De triste ceño y ademán esquivo
La habitan solo, y su exterior refleja
La tristeza que reina en su recinto.

Si alguno por sus amos les pregunta
Sólo responden:—"para el campo han
[ido,"

A importunas preguntas dan silencio,
Su labio no revela lo que han visto.

Se eclipsó el sol de la morada aquella,
De ella por siempre se apartó el hechizo;
Cayó el Dios tutelar que la escudaba
Como un ángel rebelde en el abismo.

Que la sonrisa de mujer hermosa,
De su voz tierna el singular prestigio,
Cuando el amor en él une las almas
Convierten el hogar en paraíso.

Pero en aquel hogar si hubo contento
No bajó al corazón enardecido
De la infeliz mujer que en torno suyo
Lo derramaba sin cesar benigno.

Todos allí gozaban; el esposo,
Los esclavos, los deudos, los amigos
Su simpático amor: todos la influencia
De su amable virtud y su cariño.

Sólo ella era la víctima inocente
Condenada a perpetuo sacrificio;
Sólo ella era infeliz porque no amaba
Al hombre a quien la uniera su destino.

Por eso pronto huyó de aquel albergue
A par de ella el contento fugitivo,
Y se alejó el esposo que en infierno
Lo encontró de repente convertido.

Aquel techo lo abruma, no respira
Sino ambiente letal en su recinto;
Parecelé que gigantescas voces
"Huye, le gritan, de este hogar maldito."

Y que escucha estruendosa carcajada
En las salas sonar del edificio,
Como si burla a su impotente rabia
Hiciese a su dolor genio maligno.

Allí ve el nupcial lecho, viudo ahora,
Donde apuró deleite indefinido,
El sofá do con ella reposaba,
El tocador, sus joyas y vestidos.

Allí ve su retrato; doquier rastros
De la mujer que amó y ama ofendido;
El jardín donde juntos se recreaban,
Las flores que atraían su cariño.

Por eso huye de allí, que esos objetos
Hieren su corazón en lo más vivo,

Su vergüenza le pintan e infortunio,
Le recuerdan la dicha que ha perdido.

Y a veces le parecía
Que del hogar doloridos
Se levantaban mil ecos
Agrios a reconvenirlo,
Y le decían "¿qué has hecho,
Insensato, en tu delirio,
De la mujer que fué siempre
Angel de tu hogar benigno?
¿Por qué nos privaste de ella,
De su sonrisa y cariño,
Corazón de duro bronce,
Hombre del cielo maldito?"
Entonces a pesar suyo
Siente el pecho enternecido,
Y una lágrima de fuego
Brotar, y un hondo suspiro;
Porque pasión desbocada
Lo arrastró a ese precipicio,
Donde caerán despeñados
Celia también y Ramiro:
Que en una misma balanza
Pesó el cielo sus destinos.
Pero en las calles el rostro

Del esposo nadie ha visto,
Porque él en cada mirada
Creería hallar un testigo,
Un juez en cada conciencia,
En cada lengua un indicio;
Que le increpasen tremendos
Su deshonra o su delito.
Ni quiere dar que reir
A los corazones frívolos,
O que el sarcasmo lo aceche
Para lanzarle sus tiros,
O que al pasar por la calle
Levantándose maligno,
Algún dedo lo señale
Diciendo:—"allí va el marido."—

Por eso se oculta y marcha,
Bajo el velo del sigilo,
Revolviendo en su cabeza
Mundo de ideas sombrío,
En tanto en el corazón
Lleva su dolor esquivo,
Y su impotente venganza,
Y su furor escondido;
Y no encontrará solaz,
Sueño en su almohada tranquilo,

Hasta que haciendo explosión
Muerte fulmine o castigo.

Que la pasión vivaz irrealizada,
Aunque vea delante horrible abismo
Vela febril, infatigable marcha
Gigantesca y tenaz a su designio.

II.

Hay horas de silencio y de recogimiento
En que dormida el alma cansada de afanar,
En que la ardiente lucha del corazón se
[calma,
Y repliega sus alas el pensamiento audaz.

En que ébrios los sentidos, la carne ador-
[mecida,
De nuestro yo conciencia, ni del mundo
[exterior
Tenemos, ni las formas ni los colores ve-
[mos,
Ni los ayes oímos, ni el terrenal clamor.

Despiertos no sentimos, entonces, ni pen-
[samos,
Tan sólo vegetamos, vivimos sin vivir;

No hay ansias, ni deleites, ni locas ambi-
[ciones,
De las pasiones cesa la agitación febril.

Entonces no sufrimos, ni tampoco goza-
[mos,
Porque latente yace la actividad del ser,
Porque si vuela el tiempo para nosotros
[raudo,
El peso de sus alas no abruma nuestra
[sien.

Dichosos, si durasen las horas de ese sueño
Como duran y vuelven las del sueño co-
[mún;
Pero ¡ah! que ellas no tienen para curar el
[alma,
Ni darle refrigerio balsámica virtud.

Es el vértigo fatal
Que del ánimo se ampara
Cuando el corazón convulso
La sangre a torrentes lanza,
La embriaguez del sentimiento,
O aquella aparente calma
Que sigue a las convulsiones,

De la pasión desbocada.
Y en este estado Ramiro
Se mantuvo en su morada,
Horas felices para él,
Si una eternidad duraran.
Cayó rendido al embate
De impresiones tan extrañas,
De tan violentos afectos,
Su voluntad temeraria;
Pero despertando al fin
Más robusta se levanta
Para oponer al destino
Su gigantesca pujanza.
Entonces en su memoria
Tomaron forma animada
Las escenas de la quinta,
Cuanto allí vió y escuchara.

"Ella era, ella era, se dijo,
Y no su apariencia vana
La que ví; de ella sin duda
Las misteriosas palabras.
Y la infeliz me cree muerto
A manos de la venganza
Del esposo, piensa en mí,

Me busca, me llora y me ama.—
Y por mi amor ha perdido
La razón, y voces vagas
Aquella boca divina
Sólo inarmónica exhala.
¡Dios mío! ¡Dios mío! otorga
El temple del bronce a mi alma,
Ilumina mi razón,
Porque la pasión me arastra.
¡Ella infeliz por mi amor,
Y en el campo abandonada!
¡Su nombre en lengua del vulgo
Que al infortunio difama!
¡Oh! mi cabeza se pierde
De este mar en la borrasca:—
¡Muerte al esposo asesino!
Víctima inocente, aguarda."

Y con estos pensamientos
Una noche de su casa
Salió Ramiro a deshora,
Envuelto en su oscura capa.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y alguna estrella divisa

Entre las nubes que pasan.
Iba ciego; una, otra calle
De la gran ciudad cruzaba,
Revolviendo en su cabeza,
Ora memorias amargas,
Presentimientos de muerte,
O colosales fantasmas:
Iba donde misterioso
Su destino lo llevaba;
A realizar el ensueño
Que persiguiera con ansia,
A descifrar el enigma
De sus locas esperanzas;
O a buscar la luz divina
De la estrella solitaria
Que entre las nubes sombrías
Se ocultó de la borrasca.
Tenebrosa era la noche
Como la noche de su alma,
Y con rapidez Ramiro
Cruzaba las calles largas;
Y al pasar, en la saliente
Reja de antigua ventana,
Tropezó, y lo distrajeron
Los sones de una guitarra.

Paró el oído:—una voz
Sonó dentro mustia y vaga
Que lo más hondo y sensible
Conmovió de sus entrañas.
Era una voz de mujer,
De esas que salen del alma,
Y misterio o infortunio
Al que las oyen presagian:
Y reclinado en la reja
Oyó que la voz cantaba.

Ayer había
Flores muy bellas
Mas todas ellas
Mústias están;
Buscar es vano
Frescas ahora,
Porque en mi mano
Se secarán.
La brisa pura
Del campo es grata,
Y la natura
Bella es allí;
Mas se acabaron
Brisas y olores

De lindas flores,
¡Pobre de mí!

Y al pronunciar la voz mústia
Estas últimas palabras,
Un hombre alto, que emponchado
Cerca de Ramiro estaba,
Clavando en él rato hacía
Ojos que relampagueaban,
Se acercó y le dijo adusto:
"—¿Qué haces aquí?—"
Una mirada
De sarcástico desprecio
Ramiro arrojó a su cara,
Diciendo: "quien atrevido
Hace pregunta insensata
Merece que le responda
Tan sólo una bofetada."

"—Defiéndete, seductor,
Que te busca mi venganza—"
Replicó el hombre, sus ojos
Despidieron viva llama;
Y sobre Ramiro al punto
Descargó una puñalada.
Este ya herido, hacia atrás

Dió un salto, y lleno de rabia,
Para defenderse echó
Al brazo izquierdo su capa,
Y tiró un puñal que siempre
A la cintura llevaba,
Exclamando:—"yo también,
Asesino, te buscaba."

Y ambos instintivamente
A media calle se lanzan,
Y en la oscuridad se buscan
Con fosfóricas miradas.
Ramiro ágil como joven,
La hoja que brilla acerada,
De su enemigo desvía,
O envuelve diestro en la capa;
Y recula y se defiende,
Que de su sangre villana
Echar en su nombre puro
No quiere imborrable mancha;
Pero él lo acosa y lo estrecha,
Con infatigable saña,
Y su afán viendo burlado
Más se irrita y se agiganta
Su furor, y el brazo alzando

Sobre Ramiro se lanza,
A tiempo que éste en un poste (1)
De la vereda se traba;
Y el acero vengativo
El hombro izquierdo le alcanza.
Herido otra vez Ramiro,
Como la serpiente hollada,
Antes que el otro se mueva,
Con rapidez instantánea,
Va sobre él, y el puñal todo,
En la tetilla le clava...
Da un ¡ay! recula, vacila;
Y se desploma de espaldas
El hombre aquel, exclamando,
Con voz ronca y destemplada:

"—Venciste, vil seductor,
Muestra a tu Celia adorada
Ese puñal donde escrita
Está mi muerte y su infamia;
Pero recuerda que fuiste
Tú el autor de su desgracia,
Y que hasta el infierno mismo
Te seguirá mi venganza.—"

(1) Postes.—Maderos clavados verticalmente en el veril de las veredas de las calles de Buenos Aires.

III.

Y Ramiro al huir horrorizado
Sintió del moribundo las palabras
Resonar como trueno en sus oídos,
Y hacer eco una horrible carcajada,
Y allí entre las tinieblas parecióle
Divisar una forma sobrehumana,
Un ángel o demonio vengativo
Con voz tremenda repetir: —"Venganza"
Y ciego y aterrado entró corriendo
Por la puerta fatal de aquella casa,
En cuya reja, seductor oyera
El sonido fugaz de una guitarra;
Y en medio de un salón se encontró luego
Que una luz vacilante iluminaba;
Y vió salir del lóbrego aposento
Una mujer con vestidura blanca,
Suelto el rubio cabello y extendido
Por el pecho de nieve y las espaldas,
De mirar vago, y macilento rostro,
Porte de noble reina destronada:
Ramiro quiso huir, pero no pudo;
Una fuerza invencible sus pies traba,

Un mágico poder lo paraliza,
Y sus potencias todas avasalla;
Su corazón no late, no respira,
Inmoble está como marmórea estatua.
Y de aquella mujer la ardiente vista
Sobre la suya atónita se clava,
Y al mirarlo sonríe cariñosa;—
Se acerca más y más, la mano pasa
Por su frente y sus ojos, cual si entonce
De letárgico sueño despertara;—
Parece conocerle; en su faz bella
De íntimo gozo la expresión resalta,
Cual si la vida suya al extinguirse
Sus espíritus todos concentrara;—
Va a abrazarle, y al punto retrocede
Atónita, convulsa, horrorizada;—
Su inefable sonrisa se disipa,
Brota en sus bellos ojos una lágrima,
Palidez cadavérica en su rostro,
Agonizante brillo en su mirada;—
Y se desploma al suelo, así exclamando:
"¡Sangre, Ramiro, criminal te mancha!"
Y al mismo tiempo que cayó se oyeron
Las cuerdas reventar de una guitarra,
Y al eco disonante y moribundo

Respondió una estruendosa carcajada.
Lo que sintió Ramiro aquella noche,
Lo que pasó por su alma atribulada
Sólo Dios lo sabrá; que a bosquejarlo
De labio humano la expresión no alcanza.

CUARTA PARTE

I.

En la gran capital del Argentino,
Donde arrulló su vida la fortuna
Lisonjera y feliz desde la cuna,
Nadie a Ramiro en adelante vió;
Nadie supo si en climas extranjeros,
Lejos del bello y afamado Plata,
La estrella suya le sonriera grata,
Ni adonde el infortunio lo llevó.

Mucho se habló del crimen, la malicia
Tal vez por bajo pronunció su nombre,
Pero quedó la muerte de aquel hombre
Envuelta en misteriosa oscuridad:
Unos a error o vengativa saña,
Otros a la maldad lo atribuyeron,
Y comentarios mil sobre él se hicieron,
Mas nadie descubrió la realidad.

Si el fin de Celia lamentable y triste
Algúna luz a la justicia diera;
O si el rastro de sangre descubriera,
La mano criminal no alcanzó a ver;
O si la vió, tal vez herir no pudo,
O pensó cuerdamente que el castigo
No es para el que luchando al enemigo
Alevoso y tenaz supo vencer.

Mucho se habló del crimen pero pronto
Se perdió su memoria; y el olvido,
De la esposa infeliz y del marido,
Los restos confundió en un ataud;
Tal vez alguno pronunció sus nombres,
Y una lágrima pura y elocuente
Dió ofrenda religiosa solamente
De Celia desdichada a la virtud.

Ramiro, en tanto, en extranjera nave
Las crespas ondas de la mar surcaba,
Y al destino fatal abandonaba
Resignado su vida y porvenir.
¿Qué le importan las ansias de la tierra,
La embriaguez de su gozo y sus pasiones?
¿Qué le importan sus locas ambiciones,
Los combates y lauros del vivir?

¿Qué le importa el vivir, si ya la vida
De encantos juveniles vé desnuda,
Si ya en su mente germinó la duda
Y se secó la flor de la ilusión,
Si ya a los diez y ocho años ha sentido
Lo más acerbo del dolor mundano,
Si en sus raptos sublimes tocó ufano
El límite ideal de la pasión?

¡Si el demonio fatal del desengaño
El mundo cadavérico le muestra,
Y en premio al lidiador en la palestra
Sólo ofrece dolor y un ataud!
¡Sien cada flor encontrará una espina,
En cada senda un hondo precipicio,
Si la vida es perpetuo sacrificio
Y un ensueño febril la juventud!

¡Si rayo de infortunio inesperado,
Aniquilando el gérmen de su dicha
A su atónita mente ha revelado
Abismo de pasmosa realidad?
Si su joven, ilusa fantasía
De brillante, ideal, místico mundo
Deslumbrado cayó en el cieno inmundo
Donde todo es miseria y vanidad!

Allí sus esperanzas se estrellaron,
Sus bellas ilusiones se perdieron,
Y exhalando un gemido, en él se hundieron
Los partos de su hermosa juventud;
De esa feliz edad en que posible
Todo creemos, cuando el alma incauta
Se lanza en su expansión indefinible
A regiones de gloria y beatitud.

Y el desengaño ahora con su soplo
Hiela el foco vital de su entusiasmo
Y hace burla con hórrido sarcasmo
De su imprudente y necia candidez;
Le echa en rostro su loco desvarío,
Los quiméricos raptos de su anhelo,
Y en su pecho de joven vierte el hielo
De la impotente y mísera vejez.

Su corazón ardiente está cerrado
A las dulces y tiernas emociones;
Ya no exhala sonoras vibraciones,
Ya no siente, o es mudo su sentir;
Indiferente al goce y la alegría
Parece por su rostro, donde asoma
Del triste desengaño la ironía,
Al través de apacible sonreir.

Su corazón herido es un sepulcro
Donde yace por siempre sepultado
El recuerdo vivaz de lo pasado,
De su funesta, indómita pasión;
Si alguna vez sobre su joven frente
Nubes esparce o palidez sombría,
Vuelve, gusano de insaciable diente,
A devorarlo con igual tesón.

II.

Del mar sublime, entre tanto,
La agitación o la calma
Al penoso afán de su alma
Suelen alivio traer;
Y su gigantesca voz
Pasiones altas y vivas
Que dormían inactivas
Iba en su seno a mover.

El, que la amó desde niño,
Viendo en toda su grandeza
Allí a la naturaleza
Grande también se sintió.
Y se dijo, meditando,
"¿Dónde voy? ¿por qué camino?

¿Cuál es del hombre el destino?
¿Qué haré de la vida yo?"

"¡La vida! sin duda, Dios
Con algún fin me la diera,
Pues a cuanto creó impusiera
Un destino y una ley;
Y grande y digno ser debe
Que concreta la natura
El de la noble creatura
En su cabeza de rey."

"Pues que vivir es preciso,
Burlando al dolor ¡vivamos!
A nueva esperanza abramos
El corazón juvenil;
Tal vez hallemos la fuente
Del refrigerio y de calma
Donde amortigüe la mente
Su ambición loca y febril."

"¡Vivamos! que es cobardía
Sólo de ánimo mezquino
Doblar la frente al destino,
Y resignado gemir;

Luchemos, si hemos nacido
Para luchar en la tierra,
Si es perpetua y dura guerra
La condición del vivir."

"¡Animo, pues, adelante!
¡Corazón mío, marchemos!
Tal vez rayos columbremos
De bien y felicidad:
Que vencedor o vencido,
En la terrenal palestra
Es do el hombre ejerce y muestra
Su grandeza y dignidad."

III.

Ramiro los dolores de la vida,
Los arcanos profundos no ha sondado
En toda su extensión; bella y florida,
Vista al través del prisma iluminado,

De la edad juvenil le pareciera,
Cuando en amor y fe su pecho ardiente
Rebosaba dichoso y altanera
Todo allanaba su ambiciosa mente.

Cuando explayando su voraz deseo
Por el vasto jardín de la natura
Cada objeto anhelado era un trofeo,
Un manantial perenne de ventura.

Pero arrancando el desengaño un día
La venda misteriosa a su confianza
Le mostró con sarcástica ironía
La tumba de un amor y una esperanza.

Entonces vió las flores de la vida
Marchitarse y caer hoja por hoja,
Y su alma atribulada y confundida
Por la primera vez sintió congoja;

Sintió intenso dolor;—desnuda y fea
Columbró la espantosa realidad,
Y empezó a presentir su ilusa idea
Que todo bajo el sol es vanidad.

Porque la vida es intrincada ciencia
Que penetrar la juventud no puede;
Patrimonio fatal de la experiencia
Al tiempo solo sus verdades cede.

O más bien es un libro misterioso
Que revela al mortal en cada día

Un desengaño amargo y doloroso,
Y su postrer arcano en la agonía.

De ese libro una página leyera
Los ojos al abrir de la razón;
Por eso la esperanza renaciera
En su joven y ardiente corazón.

Por eso audaz, aunque el dolor le oprime,
Ambiciones en sí sintiendo extrañas,
Va a buscar esa incógnita sublime
Que encierra el porvenir en sus entrañas.

Mas no lo mueve amor de la belleza;
Yerta está esta pasión; otras más hondas
Hierven confusamente en su cabeza
Como en el mar las incansables ondas.

Pasó para él la edad de los amores,
De las frívolas ansias y placeres;
Porque apuró congoja y sinsabores
En el labio fatal de las mujeres.

Hoy anhela sondar su inteligencia
La natura, y el hombre y la verdad,
Y en las gigantes obras de su ciencia,
En su vida estudiar la humanidad;

Hoy si es vana la ciencia ver procura;
Si el error es del hombre patrimonio;
Si del progreso suyo y su cultura
Ha dejado en los siglos testimonio.

Si el árbol de la ciencia es el de vida,
Y el fruto suyo el inefable bien;
O si la muerte en él está escondida
Como en el bello y tentador Edén.

Quién sabe si él bien alto encontraría,
La lumbre que buscaba su razón,
Si recobró la paz y la alegría
Su triste y borrascoso corazón.

Si en la rígida escuela de los años,
Del pensamiento noble en el labor
Otra cosa aprendió que desengaños,
Recogiera otro fruto que dolor.

O si ya libre de congoja y luto,
Al volver a su patria, rico en ciencia
De la ilustrada Europa y experiencia
A ofrecerla su amor y su tributo,

Perdió toda esperanza; y lanzaría,
Viéndola agonizar entre las manos
De imbéciles y bárbaros tiranos,
Maldición de despecho en su agonía.

Elvira o la novia del Plata

A D. J. M. F. (1)

Ven, Himeneo, ven. Ven, Himeneo,
MORATIN

Tis said that some have died for love.
WORDSWORTH.

(1) Doctor D. José María Fonseca.

I.

Belleza celestial y encantadora;
Inefable deidad, que el mundo adora,
Que dominas el Orbe y das consuelo,
Inspirando con pecho generoso
El sentimiento tierno y delicioso
Que prodigóte el cielo.

Hora te invoco: favorable inspira
El canto melancólico a mi lira,
De amor y de ternura,
Y un nuevo lauro a mi triunfal corona
La Beldad ciña Númen de Helicona
De mirto y rosa pura.

Alza gozoso tú, casto Himeneo,
Y halagüeño el semblante, que ya veo
A tus humeantes aras
Con rubor acercarse tierna y bella
A consagrarte tímida doncella
De amor primicias caras.

Cándidos y amorosos corazones
En tu altar sacrosanto nunca dones
    Más puros ofrecieron,
Para volver a tu deidad propicia,
Y del tálamo dulce la delicia
    Gozar que pretendieron.

II.

La aureola celestial de virgen pura,
El juvenil frescor y la hermosura,
Los encantos de Elvira realzaban,
Dando a su amable rostro un poderío,
Que encadenaba luego el albedrío,
De cuantos la miraban.

Sus ojos inocencia respiraban,
Y de su pecho sólo se exhalaban
Inocentes suspiros,
Hijos del puro y celestial contento,
Que de las dulces ansias vive exento
Del amor y sus tiros.

Mas vió a Lisardo y palpitó su pecho
De extraña agitación, y satisfecho
Se gozó enardecido,
Cuando de amor arder la viva llama,
Que con dulce deleite nos inflama
Sintió, no apercibido.

Como la planta que al Favonio aspira,
Que en torno de ella regalado gira,
Nueva existencia siente;
Así Lisardo al ver de su querida
El amante cariño, nueva vida
Sintió en su pecho ardiente:

El noble orgullo dominó su alma,
Del que adornado de triunfante palma
Se avanza entre despojos,
Y un mundo de risueñas ilusiones,
De esperanzas felices y ambiciones,
Se reveló a sus ojos.

La juventud es tierna y persuasiva,
Y fácilmente con amor cautiva
La beldad inocente,
Cual céfiro apacible con su arrullo
Halagando a la rosa en su capullo
Meliflua y dulcemente;

Así el amor el sentimiento inspira,
Y así Lisardo el corazón de Elvira
Poseyó satisfecho:
Amáronse, y creciendo su ternura

Apuraron delicias de ventura
Con inocente pecho.

Así pasaron en amantes juegos
Largo tiempo felices, y sus fuegos
Y su pasión crecieron;
Uno era su sentir; y cual hermanas,
Con inefable hechizo, soberanas
Sus dos almas se unieron.

III.

Tú serás mía,
Tierno decía
Lisardo a Elvira;
Aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La pura llama
Que al sol inflama
Antes, Elvira,
Que mi ternura
Se extinguirá.
Serás mi esposa,
Y el Himeneo
Nuestro deseo
Satisfará;
Que aunque el destino
Cierre el camino
De mi ventura,
La llama pura
De mi ternura
No extinguirá.

IV.

Así Lisardo de su dulce amiga
La esperanza halagüeña alimentaba,
Y con ardua fatiga
El campo de las ciencias exploraba,
Para volver al hado más benigno,
Y arrancando un favor a la fortuna,
Que contraria le fué desde la cuna,
De su mano y amor hacerse digno.
En tanto una mirada de sus ojos,
De su boca risueña un dulce beso
Hurtado a la inocencia entre sonrojos,
Aligeraban de su afán el peso,
Y llenaban su ardiente fantasía
Con la imagen feliz y encantadora
Del venturoso día,
En que triunfando su pasión constante
Del ingrato destino,
Apurase en el tálamo divino
Las caricias y halagos de su amante.

V.

Era de primavera un bello día,
Cuando el sol en la esfera
Más rutilante y majestuoso impera;
Cuando el campo se viste de verdura,
Y risueña y brillante la natura
Ostentando su fuerza y lozanía,
Nos convida al placer y la alegría.
En el jardín ameno,
Que vió nacer sus plácidos amores,
Respirando el aroma de las flores,
Y a la sombra sentada
De una fresca enramada,
Elvira recorría en su memoria
La deliciosa historia
De sus amores, y la vez primera,
Día también de riente primavera,
En que a Lisardo vió, y estremecida
Se sintió palpitante
Su corazón amante;
Y en tan dulces recuerdos embebida

De gozo suspiraba,
Y su angélico rostro se animaba,
Mostrándose más bello
Con el fugaz destello
Del júbilo que en su alma rebosaba;
Mas vagó de repente
En su risueña mente
Como triste y fatal presentimiento:
Oscureció el pesar su alegre frente,
Y así cantó con melodioso acento:

VI.

"Creció acaso arbusto tierno
A orillas de un manso río,
Y su ramaje sombrío
Muy ufano se extendió;
Mas en el sañudo invierno
Subió el río cual torrente,
Y en su túmida corriente
El tierno arbusto llevó.—

"Reflejando nieve y grana
Nació garrida y pomposa
En el desierto una rosa,
Gala del prado y amor;
Mas lanzó con furia insana
Su soplo inflamado el viento,
Y se llevó en un momento
Su vana pompa y frescor.

"Así dura todo bien;
Así los dulces amores

Como las lozanas flores
Se marchitan en su albor;
Y en el incierto vaivén
De la fortuna inconstante,
Nace y muere en un instante
La esperanza y el amor."

VII.

Cuando el triste infortunio nos amaga
Su imagen melancólica divaga
Cual sombrío fantasma ante los ojos,
Y como si temiera sus enojos,
A su pesar el corazón empieza
A presentir el mal en la tristeza.
Así pensó Lisardo, que escuchaba
Con asombro y encanto
De Elvira el triste canto;
Y acongojado y con inciertos pasos
A consolar su pena se acercaba;
Mas viólo Elvira, y se arrojó en sus brazos,
Hechizadas sus bocas se encontraron,
De júbilo sus pechos palpitaron,
Y en deliquios de amor, dulces abrazos,
Mundo, pesar, temor, todo olvidaron.
¡Quién a mi lira o a mis versos diera
La fragancia amorosa y hechicera,
Que en la mansión de amor se respiraba;
O a mi marchito corazón el fuego,

Que en días más felices lo animaba!...
Más angélica nunca y rozagante,
Mas amable, más tierna, más hermosa,
Más llena de atractivo y amorosa
Se mostró Elvira a su feliz amante.
Angel, astro benigno, o clara estrella
Nunca resplandeció más pura y bella
A los ojos del triste caminante.
El jazmín albo y la purpúrea rosa
Con su matiz brillante,
Disputaban el premio a los sonrojos
De realzar sus cándidas mejillas
Y languidez amable de sus ojos
El fuego moderaba,
Y su dulce atractivo revelaba;
Mientras que de su sien por las orillas
En madejas ondeantes
Sus cabellos airosos se extendían
Y cual oro entre perlas relucían.
Un fuego devorante
Corría de Lisardo entre las venas
Al apurar de Elvira las caricias,
Y nadando en delicias
Palpitar se sentían sus dos pechos.
Sus ardientes suspiros se mezclaban,

Y sus trémulos lábios se abrasaban
En mutuo fuego... ¡Celestial deleite,
Extasis del amor, dulces primicias
De la ternura fiel y encantadora!
¡Cuán gratos sois al corazón que adora!
Lisardo rebosando
De júbilo y ternura
Le dijo: "Amiga, compasivo el cielo
Al fin colma mis votos y mi anhelo;
La fortuna enemiga, que en su infancia
Con envidia miró nuestros amores,
Ha cedido por fin a mi constancia,
Aunque con mano âvara, sus favores;
Y tu feliz amante
A par su mano en holocausto digno
Puede ofrecerte un corazón constante.
Tuyo es el triunfo, Elvira, el lauro mío,
Que al amor yo consagro, pues benigno
Su activo fuego al corazón dió brío.
El me inflamó: su abrasadora llama,
Cuando miré tu perfección divina,
Y consagré a su culto mi albedrío,
A mi existencia dió una nueva vida,
Y me inspiró a la par del sentimiento
El tierno y generoso pensamiento

De idolatrarte esposa,
De ser feliz, y hacerte venturosa.
Unida a tu existencia está la mía
Por siempre, Elvira, desde aqueste día.
Este anillo nupcial ligue propicio
Con lazo indisoluble nuestros seres,
Hasta el día feliz en que Himeneo
Ante el ara sagrada
Consagre nuestra unión entre placeres.
Corra el tiempo veloz anonadando
Cuanto encuentre en su rápida carrera;
Yo nada temo su terrible mando,
Pues cuanto adoro, y cuanto amé poseo.
Prodigue la fortuna sus favores
Al que anhele riquezas o victorias.
Que Lisardo feliz ya nada espera
De su vaivén, ni ambicionó más gloria
Que ser querido, idolatrar a Elvira,
Consagrarle su vida y sus amores.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos;
Huya de tu halagüeña fantasía
La imagen del pesar; su saña impía
Ya no puede alcanzarnos, pues que unidas
Nuestras dos almas vivirán por siempre.

Durará nuestro amor; ya la esperanza
Nos sonríe halagüeña,
Y la senda florida nos enseña,
Por do a su fin declinen nuestras vidas
En calma siempre y próspera bonanza.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
A los transportes del amor supremos,
Al júbilo, al placer y a la alegría,
Tuyo por siempre soy, y tu eres mía.
Mas ¿qué pesar recóndito y tirano
Acibara tu gozo, Elvira mía?
¿Por qué tristes tus ojos y sombríos
Esquivan mis miradas? ¿Por qué vuelves
A otra parte su encanto soberano,
Y no secundas los transportes míos?"
"Mi corazón, mi vida, mi albedrío,
Toda yo tuya soy, Lisardo amado;
Y aunque el destino airado
Separe acá en la tierra nuestra suerte,
Anonadando nuestra gloria impío,
Tuya seré triunfando de la muerte.
Mas no sé qué fatal presentimiento
Acibara hoy mi dicha y mi contento,
Y en secreto me dice: "Tus amores
Finarán pronto, Elvira, y tu ventura;

Del tálamo halagüeño
El éxtasis de amor y de ternura
No gozarás en brazos de tu dueño;
Porque el amor y la esperanza es sueño,
Y cual la flor del campo sólo dura."
Yo no sé qué fantasma nos rodea
De infortunio y pesar, y nuestras glorias
Amaga devorar en un momento.
Tiemblo al pensar que el Himeneo sacro
Ante el ara de Dios, y el simulacro,
Va a unirme a tí con título de esposa,
Y vacila mi planta temerosa,
Cuando anhelante el corazón desea.
Impresa aun en mi mente veo y siento
La imagen de fantasma tenebrosa,
Que anoche vino a mi tranquilo lecho
A conturbar y acongojar mi pecho.

VIII.

"Yo ví en mi sueño
Dos corazones
De amor ufanos
Y juventud,
Que se buscaban
Como atraídos
Por un hechizo
De gran virtud.

El Himeneo
Iba a enlazarlos
Con el anillo
Del puro amor,
Y ellos ardientes
Se encaminaban
A la ara augusta
Del sacro Dios:

Mas de repente
El negro brazo

De un esqueleto
Que apareció,
Su mano en medio
De los dos pechos
Puso, y con furia
Los separó.

Unirse ansiosos
Buscaban ellos,
Ardiendo en fuego
Del puro amor;
Pero la mano
Los separaba,
Interrumpiendo
Su dulce unión.

Tocólos luego:
Los corazones
Se marchitaron
Como la flor,
Y en el semblante
Del negro espectro
Turbia sonrisa
Fugaz vagó."

"Esas tristes imágenes olvida,
Visiones de la mente en desvarío;
Huya de tu halagüeña fantasía
La sombra del pesar, Elvira mía,
Pues tu destino al mío,
Colmando nuestros votos y deseo,
Va a unir por siempre plácido Himeneo.
Nuestras almas, Elvira, abandonemos
Al júbilo, al placer y a la alegría,
A los transportes del amor supremos:
Tuyo por siempre soy, y tú eres mía."

IX.

Lisardo sólo en su campestre albergue
Los pasos melancólico contaba
Del tiempo, siempre lentos
Para el que halaga la esperanza vana.
La noche era sombría, triste el cielo,
Y cubierto de nubes, anunciaba
La tempestad, y sólo por momentos
La luna melancólica asomaba,
Como fúnebre antorcha sobre el mundo
Su amortiguada faz, mientras profundo
El eco de los vientos resonaba,
Penetrando con lúgubre silbido
De Lisardo en la estancia, que transido
De congoja y terror se estremecía.
Mil imágenes triste revolvía
En su agitada mente,
Y en vez del rostro afable
De la esperanza riente
Que otro tiempo en silencio lo halagaba,
Atónito y confuso solo vía

El de fantasma tétrica y sombría,
Que su pecho constante
Del de su Elvira amante
Con furor separaba,
Y con ojos de envidia devoraba
Su gloria, sus amores y ventura.
Vagando por los aires mustiamente
Parecióle que oía
Acento funeral que repetía:
"Como la flor del campo tierna y pura,
"Así el amor y la esperanza dura."
Y el eco de los vientos resonando,
Penetraba con fúnebre armonía
En su tranquila estancia, y poseído
Lisardo de terror se estremecía.

El fatídico bronce sonó la hora
Fatal de los espíritus malignos:
Lisardo a su balcón salió impelido
Al parecer por astros no benignos,
A contemplar la tempestad sonora,
Y buscar de sus ansias el olvido;
Cuando visión nocturna de repente
Hirió sus ojos, y absorbió su mente.

X.

Del espeso bosque y prado,
De la tiera, el aire, el cielo,
Al fulgor de fatuas lumbres
Con gran murmullo salieron
Sierpes, Grifos y Demonios,
Partos del hórrido averno,
Vampiros, Gnomos y Larvas,
Trasgos, lívidos Espectros,
Animas en pena errantes,
Vanas sombras y Esqueletos,
Que en la tenebrosa noche
Dejan sus sepulcros yertos,
Hadas, Brujas, Nigromantes
Cabalgando en chivos negros,
Hienas, Sanguales y Lamias,
Que se alimentan de muertos,
Aves nocturnas y monstruos,
Del profundo turbios sueños,
Precita raza que forma

De Lucifer el cortejo:
Todos, todos blasfemando
Con gran tumulto salieron,
De infernales alaridos
Llenando el espacio inmenso.

Y el eco de los vientos penetraba,
Resonando con hórrida armonía,
De Lisandro en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Lucifer con cetro y tiara
Descollaba en medio de ellos,
Y los demonios cantaban
Salmos al Rey del averno;
Mientras fantasmas y monstruos,
Formando un círculo inmenso,
Para el sabático baile
Se preparaban contentos.
La orgía fatal comenzaba...
Mas de repente se vieron
Centelleando en las tinieblas
Como serpientes de fuego,
Que por el aire trazaban
Este emblema del infierno:
"El amor y la esperanza

"No son sino un vano sueño."
Un espectro entre sus manos
Dos corazones sangrientos
Oprimía palpitantes,
Llenos de amoroso fuego,
Y con diabólica risa,
Deleitándose en poseerlos,
Los unía y separaba,
Su amor burlando y anhelo.

Y el eco de los vientos penetraba
Resonando con hórrida armonía
De Lisardo en la estancia, que miraba
Como pasmado la visión sombría.

Entre la turba infernal
Reinó el silencio un momento...
Cuando de lumbres cercados
Dos fantasmas parecieron,
Una virgen bella y joven
Sobre sus hombros trayendo
Con las galas adornada
Del venturoso Himenéo:
La aparición repentina
Todos miraron atentos,
Mientras los torvos fantasmas

Con huesosos largos dedos
La doncella despojaron
De sus nupciales arreos,
Y con la negra mortaja
Del sepulcro la vistieron:
Luego entre la turba inmensa
Todos tres se confundieron,
Continuaron los aullidos,
Y los infernales juegos...
Cantó el gallo en la alquería
Y con murmullo tremendo
La turba inferna de sombras
Se perdió cual humo al viento.

Y el eco de los vientos aplacado
Penetraba con fúnebre armonía
De Lisardo en la estancia, que pasmado
Vió disiparse la visión sombría.

XI.

En su trono de fuego el Mediodía
Reinaba rutilante y majestuoso,
Y Lisardo infeliz desde la aurora
Sumergido yacía
En letargo profundo y silencioso.
Despertó al fin; la fiebre consumía
Su desolado pecho, y el delirio,
Monstruo infernal que la razón devora,
De espantosas imágenes llenaba
Su ardiente fantasía. Ya la noche
Se encaminaba en su enlutado coche
Por el opaco empíreo, y anunciaba
Encapotado el cielo
A la tierra infeliz nuevas escenas
De tempestad y duelo;
Cuando molesto y grave
Bajó el sopor a adormecer sus penas.

Pero a atormentarlo entonces
Vino la turba de engendros,

Y tenebrosas visiones
Que aborta en la noche el sueño.
Contemplaba ora pasmado
Bajo del nocturno velo
La precita muchedumbre,
A la orgia inferna acudiendo;
Ora por el aire vago
Como serpientes de fuego,
Trazando emblemas fatales
De desolación y duelo;
Ora entre sus secas manos
Un descarnado esqueleto
Oprimiendo palpitantes
Dos corazones sangrientos;
Ora dos negros fantasmas
Sobre sus hombros trayendo
Engalanado y vestido
De una doncella el espectro.
"Elvira, Elvira," Lisardo
Agitándose en su lecho
Exclamó entonces, y "Elvira"
Repitió lánguido un éco.
"Dadme a mi esposa y mi vida,
Horrorosos esqueletos,
Dadme a mi Elvira" y "Elvira"
Por los aires repitieron.

Calló Lisardo: una antorcha
Brilló con fulgor incierto
En la puerta de su estancia,
Y vió al pálido reflejo
¡Oh terror! ¡oh encanto! a Elvira
Acercarse a pasos lentos
De alba túnica vestida,
Suelto el dorado cabello.
"Elvira, Elvira, mi esposa,"
Exclamó entonce de nuevo
Transportado de alegría,
"¿Cómo es que a esta hora te veo?
"Ven a mis brazos, querida,
"Ven a mi amoroso seno,
"Y disipa las angustias,
"Que por tí sufre mi pecho.
"¿Por qué tan lánguida te hallas,
"Hermosa flor del desierto?
"¿Es que el rigor has sufrido
"De algún inflamado viento?
"¿Por qué tus ojos se fijan
"Sobre mí mustios y yertos,
"Del dulce encanto desnudos,
"Y del amoroso fuego
"Que hechizaba mis sentidos

"Y mis potencias a un tiempo?
"Algún pesar inhumano,
"Algún cuidado secreto
"Envidioso de tu dicha
"Roe tu inocente pecho,
"Mi Elvira, y sobre tu rostro
"Vierte su infausto veneno.
"Ven a olvidar tus congojas,
"Ven a mi amoroso seno,
"Ven, idolatrada amiga,
"Que ya plácido Himeneo
"Ante el ara sacrosanta
"Consagró nuestros afectos.
"Pero ¡oh placer! ¡oh delicia!
"Elvira mía, aun te veo
"Con las galas adornada
"Del venturoso Himeneo.
"Deja esas joyas preciosas,
"Deja ese rubor secreto
"Que la inocencia te inspira;
"Ven a mi amoroso seno,
"Ven, Elvira, y venturosos
"A los transportes supremos
"Del tierno amor nuestras almas
"Sin temor abandonemos."

De Lisardo a los trasportes
Cual si fuera mármol yerto
Yacía Elvira, guardando
Mudo y tétrico silencio.

"Muerta al placer es tu Elvira,
Lisardo, que el mismo fuego
Que corría en sus entrañas,
Ha devorado su pecho.
Una ley fatal temprano
Ha congelado en mi cuerpo
La sangre que por tí ardía,
Pero no ha helado mi afecto;
Y esta misma ley me obliga
A sofocar en el seno
Mi pasión, y cuanto encierra
Por tí de amoroso y tierno.
Pero el vigor inhumano
Yo he burlado de su imperio,
Y cual sombra de la noche
A verte, Lisardo, vengo:
Mi alma a la tuya está unida
A pesar del hado adverso
Con los inefables lazos
Del amor y el Himeneo."

Calló Elvira: misterioso
Reinó el silencio de nuevo
Y suspiros amorosos
Interrumpidos se oyeron.

"Frío está, mi dulce amiga,
"Como la nieve tu cuerpo;
"Tendré el poder de animarlo
"Con mis inflamados besos,
"Aunque despojo insensible
"Fuera del sepulcro yerto.
"Corred torrentes,
"De amor ardientes.
"¿Cómo me inflama
"Toda la llama
"De amor, no sientes?"
El voluptuoso delirio
De amor lo transporta luego,
Y las caricias y halagos
Pábulo dan al incendio.
"¡Oh! qué delicia! ¡Oh qué encanto!
"¡Oh que deleite supremo,
"Del objeto idolatrado
"Sentir palpitar el pecho;
"Beber amor de sus labios,
"Bañarse en halagos tiernos!

“Corred torrentes,
“De amor ardientes.
“¿Cómo me inflama
“Toda la llama
“De amor, no sientes?”
“Mas ¡oh terror! yo deliro...
“Trémula Elvira, te siento,
“Insensible a mis halagos
“Cuando yo todo me enciendo.
“El casto rubor sin duda
“Vierte en tu sangre su hielo.
“Déjame ser venturoso...”

“Joven insano ¿qué has hecho?
Ya para tí se acabaron
Amor, esperanza y sueños
De felicidad y dicha:
Has abrazado a un espectro!”

Resonó fúnebre entonces
La hora fatal de los muertos;
Y de repente en la puerta
Del silencioso aposento
Clamó una voz imperiosa:
“¡Elvira, Elvira, ya es tiempo!”

Despertó Lisardo al punto.
Y la visión de su sueño
Como fantástica sombra
Se disipara al momento.

XII.

El luminar del día
Reclinaba su frente
Sereno y majestuoso en Occidente,
Y fugaz el crepúsculo esparcía
Melancólico velo sobre el mundo.
Multitud silenciosa y pensativa
En rededor de un féretro marchaba,
Donde mortal despojo se veía
Cubierto con el cándido ropaje
De la inocencia, y en su sien ceñida
De azucenas y violas amorosas
Corona virginal, aún no marchita.
Mas de repente en medio del concurso
Un joven se arrojó: tendió su vista
Sobre aquel ataud, y repitiendo
Con grito de dolor "Elvira, Elvira,"
Exánime cayó en el duro suelo
Con pasmo de la triste comitiva.

Así se desvanece la esperanza
Que dió un instante a la existencia vida,
Y el encanto de amor y la hermosura
Como flor del desierto sólo dura.

INDICE

La cautiva

La guitarra o primera página de un libro

Elvira o la novia del Plata

TALL. GRÁF. L. J. ROSSO Y CÍA.
= BELGRANO 475 - BUENOS AIRES